

hurn 45 8

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Serie Triunfo

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - Barcelona

La Contraseña

Magnífico asunto dramático, de intriga y emoción.

Dirección de
WILLIAM A. SEITER

Producción de
DARRYL F. ZANUCK

Es un film de la prestigiosa marca
20th Century - FOX

Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Valencia, 289 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Enero 1940

PRINCIPALES INTERPRETES

ROBERT TAYLOR

BARBARA STANWYCK

VICTOR MAC LAGLEN

Brian Donlevy

John Carradine

La contraseña

Argumento de la película

CAPÍTULO I

Las lindas colegialas del Sagrado Corazón entraron en el cementerio de Arlington con el mismo recogimiento religioso con que habrían entrado en un santuario. Y es que santuario era realmente para ellas aquel cementerio, remanso de eterna paz de los hombres que honraron sus vidas haciendo algo grande y heroico por la Patria.

Contemplaron con ojos admirados la tumba del que fué el famoso general Sheridan, héroe de la Guerra Civil. Conocían su historia, la historia de sus gestas gloriosas, que habían contribuido al triunfo de una causa noble.

Avanzaron luego unos pasos y se detuvieron ante otra tumba cercana a la del general. Leyeron un nom-

bre grabado sobre una sencilla lápida de mármol. "Teniente Richard Perry", y dos fechas, la de su nacimiento y la de su muerte. Una de las colegialas preguntó a la monja que las acompañaba:

—¿No dice nada del teniente Richard?

—No, aquí nada dice —repuso la monja aludiendo al libro que estaba consultando.

—Entonces ¿por qué está enterrado aquí?—preguntó otra de las colegialas.

—Habrá merecido sin duda la gratitud de la Patria—contestó la interpelada—. De no haber sido así no habría sido enterrado en Arlington.

Debajo del nombre se leía una

inscripción, elocuente en su misma sencillez:

"SU GLORIA NO SE EMPAÑARA MIENTRAS SUBSISTA LA FAMA".

Era cierto. La gloria del Teniente Perry subsistiría mientras existiera un norteamericano que pudiera transmitir a sus hijos el relato maravilloso del hecho magnífico de aquel joven teniente de la Marina de Guerra que sin haber ganado ninguna batalla supo en la paz ser útil a su Patria, interpretando cuanto puede haber de sublime, de glorioso, de eterno, en estas tres palabras: PATRIA, DEBER, SACRIFICIO...

Año 1901...

Baile de gala en la Casa Blanca. Toda la élite de Washington se había dado cita en los salones del Palacio presidencial. Elegancia y suntuosidad en los vestidos de las damas, severo empaque en los negros fracs de los caballeros, brillantes y riqueza en los vistosos uniformes de los militares.

El Teniente Richard Perry acababa de llegar a la fiesta. Sus ojos buscaron ansiosamente entre la multitud los ojos de una damita que

sin duda alguna asistía al baile y debía estar esperándole, pero la fea realidad, en forma de la "cotorra" señora de Lowell, le salió al paso acaparándole con el pretexto de conversar con él acerca de una cosa que por lo visto le interesaba mucho.

—Teniente Perry, hábleme usted de las últimas emocionantes maniobras...

El teniente Perry suspiró resignadamente y se dispuso a complacer a la vieja dama.

—Pues nada... que fueron magníficas bajo el mando del Almirante—repuso sonriendo.

—El Almirante le aprecia mucho—elogió entonces la señora—. ¡Sí! ¡Mucho! Me ha hecho grandes elogios de usted; pero dice... dice que es usted un empedernido Don Juan, ¿es esto cierto?

Sonrió maliciosamente al joven, que se limitó a contestar siempre en el mismo tono frívolo y alegre:

—Soy de su misma escuela...

Precisamente en aquel momento, el mismísimo Almirante, que asistía a la fiesta, acudió en auxilio del joven, llevándole a la damita a la que habían estado buscando vanamente sus ojos.

—Le cedo mi pareja de baile—le dijo amablemente, haciéndole un guiño de inteligencia—. La señori-

ta opina que estoy mejor en el puente de mando...

—¡Oh, no, no!—protestó la aludida—. Me encanta bailar con usted.

—No lo dudo, pero entretanto, ordeno al teniente Perry que me sustituya, aunque usted pierda en el cambio...

Y ofreció su brazo a la acompañante de Richard, la cual, no renunciando fácilmente al placer de seguir acaparando la atención del joven más apuesto y galante del baile, arguyó:

—Me hablará usted más tarde de las maniobras ¿no es cierto?

—Pregunte al Almirante. El estaba también allí—repuso el teniente, escabulléndose.

Richard Perry pertenecía a una de las familias más aristocráticas de Norteamérica. Era joven, guapo, vestía magníficamente el uniforme, tenía una conversación atrayente y amena, era galante con las mujeres, amable con los hombres. En una palabra, se hacía irresistiblemente simpático a todo el mundo, sobre todo a las bellas representantes del sexo débil, que se morían por él. La señora Lowell tenía razón. Richard Perry era un conquistador, un don Juan, pero un don Juan sentimental y romántico, que tenía su corazoncito y gustaba

de jugar al amor algunas veces, sin pensar que resulta a menudo un juego peligroso.

Al disponerse a cruzar el salón con la compañera que el Almirante le había cedido tan galantemente, casi tropezó con un hombre que venía en dirección contraria, un hombre de mediana edad, que lucía unos grandes mostachos y gesticulaba y hablaba con viveza. Aquel hombre era el Vice-presidente de la República, *TEODORO ROOSEVELT*.

Un criado acababa de acercarse a la pareja, que se disponía a iniciar los primeros pasos de baile, y dijo a Perry:

—El señor Andrews desea ver a usted.

—¿A mí?—inquirió extrañado el joven, a quien aquel nombre de Andrews no le recordaba a nadie.

—Sí. El señor es el teniente Richard Perry, ¿no es cierto?

Un minuto después, el teniente se encontraba delante del misterioso señor Andrews. Pronto quedó descubierta la identidad de éste.

—Soy el secretario del señor MacKinley—dijo presentándose.

Y como Perry hiciera un gesto de extrañeza...

—El Presidente va a recibirle—aclaró.

—¿El Presidente? — inquirió Perry estupefacto.

—Sí.

—Pero... ¿no habrá un error? Soy Richard Perry y...

—Lo sé—repuso el señor Andrews sonriendo.

Abrió la puerta que separaba la más alta personalidad norteamericana del resto de sus súbditos y el teniente Perry se encontró de pronto en el interior del despacho Presidencial, frente a MacKinley en persona, sentado a su mesa de trabajo. Levantó éste la cabeza al ver entrar al joven y con el tono más sencillo y natural, le dijo:

—Buenas noches, teniente. ¿Cómo va la fiesta?

—Muy bien. Animadísima—repuso el joven ligeramente turbado ante la llaneza del gran hombre de Estado.

—¿Se divierte la gente?

—Creo que sí, por lo menos yo puedo asegurarlo.

—Yo quisiera poder decir otro tanto—contestó MacKinley siempre en el mismo tono de amable sencillez—. Pero ¡tengo tanto trabajo, son tantas las obligaciones que pesan sobre mí! En fin, yo soy quien da las recepciones y mi sustituto se divierte. Aludo al Vice-Presidente. Estoy seguro de que Roosevelt no ha perdido un baile.

Hubo una ligera pausa, que Perry aprovechó para contemplar detenidamente al Presidente. Era un hombre de unos cincuenta años, de rostro afable, modales finos, voz pausada y persuasiva. Perry comprendía que no le había mandado llamar sólo para decirle unas cuantas amables naderías acerca del baile, sino por algo mucho más serio e importante. ¿Qué idea se ocultaba tras el ceño ligeramente fruncido de MacKinley al hablarle con entonación amable, al mismo tiempo que le señalaba un sillón frente al suyo? Pronto habría de saberlo.

—Teniente Perry—empezó diciendo el Presidente—. He visto su hoja de servicios. Pedí al Almirante Dewey que me mostrara la de algunos jóvenes oficiales. Los informes de usted son excelentes, o mejor aún... desconcertantes. Un poco contradictorios. No sé si comprende lo que pretendo decirle...

Perry sonrió, con aquella sonrisa suya, capaz de desarmar a un ogro, y repuso bajando los ojos:

—Creí haber explicado satisfactoriamente esos pecadillos al Almirante.

—Sí, sí, ya sé... Pecedillos sin importancia. Le felicito, teniente Perry, le felicito por sus éxitos... usted ya me comprende. Por los informes que me han sido suminis-

trados he podido deducir que es usted hábil para salir airoso de situaciones difíciles... Por eso quería verle. Por eso he mandado llamarle.

Cogió dos o tres periódicos que se hallaban encima de la mesa de su despacho, y se los mostró al joven, diciéndole:

—¿Está al corriente de eso?

Perry leyó. Con grandes titulares, aquellos diarios de mayor circulación de los Estados Unidos daban cuenta de la serie interminable de robos que unos ladrones audaces, a los que la policía trataba en vano de descubrir, estaban cometiendo en los Bancos de las ciudades más importantes del Oeste de los Estados Unidos.

—Sí, ya estaba enterado—repuso Perry—. He leído mucho acerca de esto.

—Pues bien, nuestro Servicio Secreto se ve impotente para averiguar quién está detrás de estos robos. Porque no cabe la menor duda de que no se trata solamente de una banda de ladrones audaces. Todos los planes del Comisario Wallace son conocidos de antemano. Los ladrones cometen estos continuos robos, siempre de la misma manera. Usan llaves falsas, conocen la disposición de las señales de alarma de todos los bancos y las combina-

ciones de las cajas fuertes. Sólo hay una conclusión. Alguien les suministra las cifras de las cajas y los datos indispensables. Y este alguien debe ser persona muy importante.

—Sin duda alguna.

—Teniente Perry. He aquí por qué he mandado llamarle. *Deseo que sea usted el encargado de descubrir a los bandidos, y sobre todo, a la persona que se oculta tras de ellos.* Este hombre misterioso que les informa de los planes de la policía. Mientras subsista este hombre, ningún organismo estatal estará seguro. Nuestros secretos militares y navales, nuestra política extranjera, todos los elementos vitales del país, estarán en peligro. Un alto personaje se halla complicado en estos robos, y este mismo alto personaje puede vender el país al oro extranjero.

—Entonces... ¿qué desea de mí?

—Deseo que intente usted triunfar donde la policía ha fracasado hasta ahora. He llegado a la conclusión de que para obtener resultado positivo hay que descartar los métodos habituales. Por eso le hice venir a mi despacho...

El rostro expresivo de Perry se coloreó ligeramente. Las palabras del Presidente le halagaban y le desconcertaban al mismo tiempo. ¿Por qué obscuro motivo le habría

escogido a él, al galante teniente Richard, para una misión tan difícil y, sobre todo, tan alejada de su órbita de acción?

—Señor Presidente. Me honra usted con su elección, pero yo...

—Usted tiene grandes probabilidades de triunfar si pone en el empeño toda su voluntad de hombre y su patriotismo de ciudadano norteamericano. Ahora escúcheme. Tendrá que dejar la Armada sin que el Almirante se entere del verdadero motivo por que lo hace. Tendrá que cambiar de identidad y desaparecer... por una temporada. Comprendo que le pido un gran sacrificio, pero...

—Señor Presidente, nada más halagador para mí que llevar a cabo un cometido semejante.

—Lo creo, teniente Perry—repuso MacKinley sonriendo—. Volviendo a mis instrucciones. Nadie deberá saber quién es usted ni qué hace, ni adónde va, ni de dónde viene. Esto deberá quedar solamente entre nosotros dos. Y aún así, deberá comunicarse conmigo únicamente en caso de urgencia, de verdadera e ineludible necesidad, sobre todo, en caso de que su vida corra peligro. Deberá obrar completamente solo, y cuando le convenga comunicarse conmigo, pondrá esta contraseña en uno de los

extremos del sobre que me dirija...

Y al mismo tiempo que decía esto, el Presidente cogió una pluma y dibujó una circunferencia con una cruz en el centro. Perry, que había estado observando atentamente, hizo un gesto de inteligencia.

—Mi secretario señor Andrews me lo entregará intacto en dondequiera que yo esté—aclaró MacKinley.

—Perfectamente, señor Presidente—repuso Richard Perry con sencillez.

—Hasta que ese sobre no llegue a mi poder, esta entrevista no ha tenido lugar entre nosotros. No nos hemos visto ni nos hemos hablado. Usted ha estado en un baile de la Casa Blanca y yo en mi despacho, solo... ¿Comprendido?

—Comprendido.

El Presidente tendió la mano al teniente Richard Perry. Experimentaba una sensación de íntimo orgullo al estrechar la de aquel joven que acababa de aceptar sin vacilar ni un solo instante, sin el más pequeño gesto de duda, sin la menor huella de turbación en su semblante juvenil y alegre, una misión tan difícil como peligrosa. Su instinto no le había engañado. Había sabido escoger bien. Richard Perry, triunfaría... o fracasaría en

L A C O N T R A S E N A

su empresa, pero si llegaba a ocurrir esto último, no habría sido por cobardía.

—Haré todo lo que pueda para llevar a cabo la misión que me ha

hecho el honor de encomendarme —dijo Richard con entonación solemne.

—Estoy seguro de ello—fué la respuesta del Presidente.

CAPITULO II

Poco tiempo después de haberse celebrado el baile que tan profundamente iba a cambiar el destino del teniente Richard Perry, y ante la desesperación de todas las damas y damitas de la buena sociedad de Washington, el joven y galante oficial desapareció misteriosamente de los salones y tertulias, sin que nadie pudiera dar razón de su nuevo paradero.

Casi al mismo tiempo, en una ciudad de segundo orden del Oeste americano, apareció un joven lechuguino, guapo, audaz, mujeriego, un poco bravucón, gran jugador del juego de bolos. Pronto se le vió frecuentando los cabarets y demás lugares de diversión, siempre atildado, siempre galante, siempre sonriente. No tardó en trabar una gran "amistad" con una cocotte de postín. Una noche, después de haber cenado juntitos y solos, el joven lechuguino, que decía llamarse Joe Patrick, le hizo tantas y tantas y tantas preguntas de los anti-

guos amigos, que ésta no pudo menos de extrañarse.

—¿Por qué te interesan tanto esos?...

—Porque tengo celos — repuso el joven en voz baja, al mismo tiempo que se inclinaba sobre ella y la besaba apasionadamente.

—¡Bah! — repuso ella saltando la carcajada —. Están de viaje por motivos de... salud...

Y al decir esto hacía un guiño expresivo.

—Yo también me iría — continuó después de una corta pausa empleada en devolver el beso que le diera Joe —. Me iría si tuviera dinero...

—¿Dinero? ¿Y adónde te irías?

—A San Paul — repuso ella.

—¿A ese rincón de mundo?

—¡Pero si es una ciudad estúpida! Allí dejan a uno en paz... mientras deje uno en paz a los otros...

¿Qué vió Joe Patrik, mejor dicho, Richard Perry, que era el que

se ocultaba tras aquel atuendo de "lechuguino", en las palabras de la mujer que le acompañaba, para que se decidiese súbitamente a trasladarse a aquella ciudad que un instante antes había calificado despreciativamente de rincón de mundo? El caso es que, dos días más tarde, el apuesto Joe Patrick, llegaba a San Paul, empezaba a frecuentar los tugurios, se dejaba desplumar cándidamente al poker por unos amigos circunstanciales, y a la semana escasa de haber llegado allí, era llevado por éstos a la inauguración de un cabaret, el cabaret de Jack Ramsay y Bal Daryea, dos hombres que un año antes poco más o menos, habían llegado a San Paul, con una mujer bellísima, hermana de este último, instalando varios lugares de diversión en los que se jugaba, se bebía y se daban espectáculos de revista.

Precisamente en el momento en que Joe entró en el local, una joven artista acababa de aparecer en el escenario, cantando una canción, un "blue" de música sentimental, que decía:

Quando musito un vals
Quando vienes a mí
En una noche así
Quando tus dulces besos
Me estremecen de amor,
Quando al son de la música
Bailamos tú y yo

Bailamos hacia el Paraíso,
Si quieres mostrarlo también
Sabré la respuesta divina
De que tú me pertenecerás.
Quando estás conmigo
La brisa es una serenata,
Las estrellas parecen
Bailar en el cielo,
Quando estás conmigo
El río murmura una rapsodia
La vida entonces,
Es un sueño prodigioso
Quando me mira en tus ojos...

Joe se hallaba en aquel momento muy ocupado en contestar a los saludos de los honorables miembros de aquel lugar de diversión, empezando por Jack Ramsay, uno de los dueños del mismo.

Era éste un hombre de estatura poco menos que gigantesca, corpulento, harto, bruto como el que más, con un rostro feo y expresivo, nariz achatada como la de los boxeadores, y facciones duras. El frac que se había endosado, le sentaba como un tiro, aunque él estuviera convencido de que era un petimetre.

Jack Ramsay tenía entre otros defectos, el de gastar bromas pesadas a todo el mundo. Por ejemplo, dar la mano a un recién llegado, después de haberse previamente colocado entre los dedos un aparato, que al dispararse su cuerda, producía una sensación de sorpresa... y de dolor en la mano del incauto

que había tenido la candidez de dejársela estrechar. Colocarse un perdigón en la boca y ¡zas! lanzarlo a la cabeza de algún calvo que se hallara en la sala, hacer juegos de manos con unos naipes que llevaba invariablemente en el bolsillo, todo esto acompañado de grandes risotadas que hacían estremecer los cimientos del local. Verdaderamente habría podido decirse, sin temor a exagerar, que entre todos los espectáculos que se ofrecían al público en aquel cabaret, el de Jack Ramsay era el más sensacional, aunque no tal vez el más divertido.

El recién llegado fué presentado también a Bat Duryea, el otro amo del local, que, dicho sea en honor suyo, era completamente distinto a Jack Ramsay. Era de estatura menos que mediana, de rostro enjuto y hermético, ojos de un brillo metálico, ademanes lentos y pausados.

Uno de los nuevos amigos de Joe Patrick, dijo a Jack aprovechando un momento de distracción del primero:

—He pescado un nuevo primo. Imagínate que lleva una semana jugando al poker con mis cartas...

Mientras tanto, el otro compañero le explicaba a Joe que los amos del local no tenían una perra gorda

cuando llegaron a San Paul hacía unos meses.

—¿Cómo consiguieron montar esto? — preguntó el joven, extrañado.

—¡Ah!... Eso... preguntásele a ellos — repuso el interpelado.

Se sentaron a una mesa del bar y pidieron unas consumiciones. Sólo entonces se fijó el supuesto Joe en la belleza de la primera vedette que seguía cantando en el escenario el blues sentimental.

Terminó la canción y fué premiada con una salva atronadora de aplausos. Entonces ella bajó del escenario, y cantando de nuevo, fué pasando de mesa en mesa, dedicando una frase amable de la canción a algunos de los concurrentes, precisamente los menos apuestos, a fin de lograr un efecto cómico, y después de haber terminado se fué derechamente a la mesa ocupada por Joe Patrick y sus amigos. Saludó amicalmente a éstos.

—¡Bienvenidos al Capitoll!

Y volviéndose a un camarero:

—¡Champagne para estos señores! — ordenó tranquilamente—. Es decir, si no vienen de mitones solamente...

Entonces se fijó en el nuevo "cateducumeno" que la estaba contemplando con una expresión de vivi-

sima admiración en sus ojos azules.

—No creo que nos conozcamos —le dijo sonriendo.

Uno de los amigos hizo las presentaciones.

—Lily Duryea., José Patrick.

—Los amigos de Edmundo son mis amigos—dijo la ideal Lily tendiéndole la mano que el joven besó galantemente.

Hubo un instante de silencio, que emplearon ambos en contemplarse mutuamente. El examen pareció satisfacerles, sobre todo a Patrick, que en lugar de soltar la mano de la artista la retuvo fuertemente entre las suyas, hasta que ella hubo de decirle:

—He de saludar a unos amigos y quisiera estrecharles la mano... si me la suelta usted.

Sólo entonces pareció el joven despertar de la especie de éxtasis en que le había sumido la presencia de Lily Duryea, y accedió a su ruego, no sin haber apretado un poco fuertemente entre la suya, fuerte y vigorosa, la manita de la artista.

Cuando ésta se hubo apartado de ellos, Edmundo se permitió hacerle una advertencia al joven y enamoradizo lechuguino:

—No pienses en ella, Patrick... No la mires con tanta insistencia y

siéntate antes de que ocurra algo.

—No comprendo —respondió el joven.

—¿No ves que es "terreno acotado"?

—Pues no sé por qué me parece que me ha ofrecido la llave —repuso Patrick con una sonrisa ingenuamente vanidosa.

—Por si acaso, ándase con cuidado en aceptarla, ya que a renglón seguido Jack te dará la del cementerio.

—¿Jack? ¿Por qué?

—Porque tiene todas las llaves —repuso el compañero con sonrisa ambigua.

Pero por lo visto Joe Patrick era excesivamente vanidoso o excesivamente incrédulo, porque, en lugar de darse por aludido, se limitó a contestar siempre en el mismo tono:

—Esperaré a que me lo diga ella.

En aquel momento entró en el local un hombre de mediana edad, vestido de etiqueta, cogido del brazo de dos mujeres jóvenes y estrechitas, dos cocottes de postín, sin duda alguna. Estaba borracho como una cuba, y saludó estentóreamente a los concurrentes. Uno de los acompañantes de Joe comentó en voz alta:

—Ese doctor las busca jovencitas, ¿eh?

—¿Doctor? De pencos, querrá decir—arguyó su compañero.

—¿De todos los males de esta ciudad!

—¡Ah! Una especie de Gran Lama, ¿eh?—inquirió Joe.

—¡Y tanto! ¡Si supieras! Es hombre de grandísima influencia. Está bien con todos... No sé si comprendes lo que quiero decir. Cuida de que los amigos dejen tranquila a la ciudad y que la policía los deje tranquilos a ellos. Así resulta que San Paul es la ciudad más tranquila de América.

Patrick no pareció poner gran atención en lo que le contaba su amigo. Sus ojos estaban fijos en la espléndida figura de una mujer que acababa de reaparecer ante sus ojos y que invitó a todos a ir a jugar a la ruleta. Era Lily. Se levantó como sugestionado y fué hacia ella. Cuando estuvo a su lado, junto a la mesa de juego, hizo ademán de poner una cantidad en un número, pero le preguntó antes:

—Deme un número impar.

—¿Se empeña usted en jugar a la ruleta?

—Sí, y si usted sigue mirándome con estos ojazos tengo la seguridad de que me traerá suerte.

La galantería no pareció afectar extraordinariamente a Lily, acostumbrada a que los hombres le rin-

diesen pleitesía, por cuanto dijo con tono indiferente:

—Veintitrés.

—¿Por qué este número?

—Porque es el de mi edad.

—¡Vaya entonces por el veintitrés!

Perdió. No se inmutó, empero, y siguió sonriendo a la bella Lily, que permanecía a su lado.

—Quizá no sea su día de suerte —comentó ella.

—Si lo es.

—¿Por qué?

—Porque he tenido la inmensa dicha de ver a usted por primera vez. ¿Quiere usted más suerte que ésta?

Lily se encogió de hombros y se apartó de la mesa de juego. Pero por lo visto aquel andaz lechuguino estaba empeñado en que Jack le diera las llaves del cementerio a que había aludido Edmundo, porque la siguió obstinadamente.

—¿Le gusta el champagne? —preguntó insinuante.

Lily Duryea le miró largamente a través de sus larguísimas pestañas y repuso indiferente:

—Sólo si se vende.

—Podríamos sentarnos a charlar —propuso el impetuoso Joe.

—¿De qué?

—De nosotros... Del tiempo...

Lily tardó un ratito en responder.

Al fin, con el mismo tono de indiferencia con que había hablado hasta entonces, repuso:

—Permitame decirle, joven, que lo primero está terminantemente prohibido. En cuanto al tiempo, opino que en verano hace calor y en invierno hace frío. Con esto queda dicho todo.

—Se equivoca, Lily. No queda dicho nada, absolutamente nada de lo que tenemos que decirnos.

En otro lugar del local, el travieso Jack estaba haciendo de las suyas con sus bromas pesadas. Se había llevado un lente a uno de sus ojos, y permaneció largo rato contemplando algo que debía resultar interesantísimo, por cuanto volviéndose a su vecino, le dijo alargándole el aparato:

—Mira ahí dentro.

El otro obedeció.

—No veo nada—dijo al cabo de un instante de infructuosa contemplación por el ojo del lente.

—¿De veras, de veras no ves nada?

—Absolutamente nada — afirmó muy convencido.

—¿Y ahora? — inquirió Jack después de haber dado una vuelta al nivelador.

—Sigo sin ver nada.

Y desengañado sin duda de las promesas de Jack, el pobre hombre

apartó el lente de su ojo, apareciendo con el borde del mismo enmascarado con un círculo negro. Aquella broma estúpida pareció divertir muchísimo al autor y a los que le rodeaban, pues empezaron a reír a carcajada limpia, gritando:

—¡Pues nosotros, sí; nosotros sí que vemos!

Pero de pronto, Jack cesó de reír y frunció el ceño. Aquello era signo evidente de que acababa de ver algo que le resultaba por lo visto mucho menos gracioso que la visión del ojo morado de su vecino. En efecto, acababa de ver a Lily hablando con el joven que un rato antes le habían presentado con el nombre de Patrick.

Un instante después Jack se hallaba junto a ellos, sonreía a la ideal Lily y ponía cara feroche a su galante compañero, que no debía ser muy cobarde, ya que en lugar de inmutarse, sostuvo desafiadoramente su mirada, permaneciendo al lado de Lily, como si esperara que el uno o el otro le dieran las llaves a que habían aludido sus amigos.

Hubo una pausa embarazosa, que cortó Lily para decir:

—El señor Patrick. Un amigo mío, de Desmoines.

Aquella amistad no pareció satisfacer mucho a Jack, que contes-

tó con un gruñido al atento saludo de Joe.

—No sabía que os conocieseis.

—Sí, hace algún tiempo — repuso Lily vagamente.

Patrick pareció aprovecharse de aquella amistad, porque, dirigiéndose a Lily, le dijo con inaudito atrevimiento:

—¿Me acompaña usted a la mesa de juego? Tengo la seguridad de que ahora va a darme usted suerte.

La artista pareció vacilar unos instantes, no así Jack, que demostró abiertamente su propósito de negarse a la pretensión de Joe, agarrando con su manaza el brazo delicado y blanco de Lily, al mismo tiempo que le decía con entonación conminatoria:

—Ven conmigo. Tengo que hablarte.

—La espero aquí—advirtió entonces el joven, imperturbable.

Jack apartó entonces a Lily, se encará con el obstinado mancebo, lo contempló unos instantes, con una expresión de ira mal contenida en sus ojos pequeños y duros, y luego, recalcando las palabras, dijo:

—¡Cuidado, joven, que va a llover!

En efecto, de su almidonada pechera salió un hilillo de agua, que fué a dar en pleno rostro de Pa-

trick. Una de sus bromitas pesadas. Esperaba tal vez una reacción violenta, pero Joe echó por tierra sus ilusiones, ya que en lugar de revolverse airado contra él, comentó irónicamente, dirigiéndose a Lily, ¡siempre a Lily!:

—Está muy crecido el niño para su edad. Se gastará un dineral en juguetes, ¿no es cierto?

Lily no contestó, limitándose a coger del brazo a Jack y apartarlo de allí. Parecía nerviosa e inquieta. Seguramente tenía por él. Aquel pensamiento, hizo sonreír íntimamente a Joe. El asunto se presentaba bien, ¿Con tal de que su instinto no le engañase? El teniente Richard Perry no había tenido ocasión de probar jamás sus dotes policíacas. Tal vez el joven Joe Patrick descubriera en él unas condiciones que hasta entonces habían permanecido inéditas.

—¿Quién es ese estúpido lechuguino? — inquirió Jack cuando se hubieron apartado de él.

—¡Bah! Un simple conocido—repuso Lily con entonación indiferente.

—Pues si en algo estima su físico, mejor será que se evapore...

Poquisimo debía estimar en realidad su físico el lechuguino, porque un momento después, apenas Jack la hubo dejado, estaba de

nuevo junto a ella, Lily hizo un gesto de enojo al verlo acercarse, pero Joe era "corto de vista" y no pudo verlo.

—Gracias por haberme salvado de las iras de su amigo — le dijo con tonillo irónico—. Pero, dígame, ¿Se puede saber por qué dió usted el nombre de Desmoines, al mentir diciendo que me conocía de antes?

—Se me ocurrió Desmoines porque allí nací yo.

—¿Y qué necesidad tenía usted de dar explicaciones? ¿De mentir a ese... mastadonte?

—Si tiene usted mucha curiosidad por saberlo, se lo diré. Porque hoy se inaugura este local y sería desagradable tener que pedir una ambulancia.

—¿Tiene usted miedo... por mí?

—Tengo miedo de provocar un escándalo, eso es todo. Se lo ruego. Márchese de aquí y no vuelva...

—Volveré a verla mañana—repuso Joe imperturbable.

—Sería posible que le reconociera el portero y no le dejara entrar.

—Es inútil, Lily. Quíralo usted o no, quíralo ese bruto de feria o no lo quiera... nosotros nos hemos de ver muy a menudo.

Aquella insistencia de Joe, lejos de halagar a Lily, pareció molestarla ostensiblemente. Ni por un

instante, desde que él había comenzado el asedio, se había mostrado amable, ni siquiera condescendiente para con él. Parecía verdaderamente empeñada en ahuyentarlo, sin que pudiera descubrirse a través de su actitud, si era por temor a Jack, o porque las galanías de Joe la dejaban indiferente.

—¿Conque nos vemos de ver? Pues, oiga lo que voy a decirle. Andese usted con cuidado, no sea que quede imposibilitado de ver nada en absoluto antes de que transcurra mucho tiempo.

Se volvió hacia uno de los camareros:

—¡Frank! Acompañe al señor—ordenó friamente.

Aquello equivalía a un fallo inapelable. Por fin el impertinente lechuguino pareció aceptarlo resignadamente, y se dispuso a obedecer, pero en el momento en que iba a apartarse de ella, y cuando ésta iniciaba un suspiro de alivio, tuvo aún la audacia de decirle en voz baja, tan baja que sólo ella pudo oírlo:

—Me voy... pero volveré a verla mañana. ¡No lo dude! ¡Volveré a verla!

La orden de Lily no había podido ser más oportuna, ya que el rostro abotargado de Jack acababa de aparecer por allí, y de haberla vis-

to departiendo con Joe, sólo Dios sabe lo que habría sido capaz de hacer aquel bruto. Una vez alejado el peligro, Jack sonrió a Lily con una sonrisa meliflua, y sacando su inseparable juego de naipes, le dijo:

—Anda, toma una carta.

Lily obedeció.

—Ahora, ponla donde quieras.

Lily cumplió lo ordenado.

—Ahora las barajo bien...

Lo hizo así. Después, volvió las cartas de cara y empezó a buscar entre ellas. Sacó una y se la mostró a Lily, diciéndole con aire triunfante:

—¿Aquí la tienes!

—No—fué la decepcionante respuesta.

—¿Cómo que no? Me habré equivocado. Déjame ver...

Sacó otra carta, y se la enseñó a Lily, que siguió negando.

—No.

Y entonces, el rostro de aquel hombre grandote y basto, expresó tal desencanto, que Lily no pudo menos de compadecerle...

Al día siguiente, por la mañana, Lily salió del hotel donde se hospedaba, con ánimo de ir a dar un pa-

seo. Hacia una mañana magnífica y soleada. La joven, que se veía obligada a permanecer horas y horas encerrada en un local de diversión y respirar aquel aire enrarecido, gustaba de hacer largos paseos a pie, cuando el tiempo era propicio.

Apoyado en una de las columnas de la entrada, había un joven, que al parecer leía con un interés grandísimo una noticia inserta en el periódico que había colocado ante sus narices, ocultándole el rostro, pero una vez Lily hubo pasado por su lado, todo aquel interés pareció desvanecerse de repente, para concentrarse en la hermosa mujer. No hay necesidad de aclarar que aquel hombre era Joe Patrick, y que había estado allí de plantón esperando deliberadamente que Lily saliera del hotel para seguirla.

La joven tardó un rato en darse cuenta de la persecución de que estaba siendo objeto, pero al darse cuenta de ello, en lugar de seguir su paseo, se metió de rondón en una tienda de confecciones. Pero aquel Joe Patrick que enhorramala le habían presentado la noche anterior, era un sujeto insuperable, ya que en lugar de darse por aludido tuvo el atrevimiento de seguirla hasta el interior de la tienda. Lily

se mordió los labios con rabia, le miró con una expresión de rencor incontrolable y rechazó su saludo con un gestecillo de desprecio, pero todos aquellos signos evidentes del disgusto que le producía su presencia, lejos de alejar al importuno, parecieron servirle de acicate, por cuanto, acercándose a ella, que se había abismado en la contemplación de un traje hecho, le dijo muy por lo bajo:

—Un vestido práctico para la mujer que trabaja.

Y luego, en voz más baja todavía:

—¿La veo esta noche?

Silencio absoluto por parte de la interrogada.

—¿Mañana?—insistió el atrevido.

Nada. Lily se había quedado muda de repente.

—Dan una función magnífica—siguió diciendo Joe, dispuesto por lo visto, a hacer él solo el gasto de la conversación.

Que la obra fuera o no magnífica poco o nada debía importarle a Lily, que seguía calladita como una muerta.

—¿Prefiere acaso el café-concierto?

Tampoco aquella tentadora proposición tuvo la virtud de sacar de su mutismo a Lily, que seguía ob-

tinada en dar la callada por respuesta.

Entonces el rostro varonil de Joe adquirió una expresión de gravedad. Desapareció la sonrisa que hasta aquel momento había flotado en sus labios, y con tono firme y decidido, en el que había envuelta una advertencia, añadió:

—Quisiera evitar la bronca del Capitol, pero si no quiere usted verme en otro sitio...

Lily clavó los ojos en él. Querían aparecer indiferentes, pero había algo, una luz interior, que Joe, acostumbrado a leer en las pupilas femeninas, vió claramente. Sonrió de nuevo, e insistió:

—Entonces, ¿en el Capitol?

—¿No sea usted tan absurdo!—dijeron los labios de Lily, un momento antes cerrados y herméticos—. Quizá... tal vez... No sé... El viernes... Pero con una condición... Que me deje tranquila hasta entonces.

—Esto es ponerse en razón.

—Esto en caso de que But y Jack salgan de viaje—aclaró ella.

—¿En dónde nos encontraremos?

—En donde no me conozcan.

—Ya lo arreglaré yo. ¿A qué hora?

—Le telefonaré. ¿Qué número tiene?

—El suyo. Me hospedo en su mismo hotel.

Lily volvió a mirarlo. Por primera vez desde que se conocían, los hermosísimos ojos de la artista le contemplaron con expresión be-

névola; fué casi con un tono de amable condescendencia que comentó, con ligero reproche:

—Ahora veo que está usted loco, ¡loco de remate!

CAPÍTULO III

Bat y Jack salieron, en efecto, de viaje. Iban por asuntos de negocios, mientras Lily quedaba en San Paul, regentando el cabaret, cantando con su voz profunda, de contralto, aquellos hermosos blues que tanto gustaban a los asiduos concurrentes a aquel lugar de diversión.

La bella, la irresistible Lily, se había dicho a sí misma que aunque Bat y Jack se ausentaran, ella no iría con aquel atrevido de Joe, que por lo visto se había empeñado en comprometerla. No, no señor, no iría, no iría, no iría...

Pero fué. Algo superior a su voluntad, que hasta aquel momento había sido inquebrantable, la hizo acudir al lugar señalado previamente por Joe. Aquel lugar resultó ser el borde del río; un río poético, romántico, perdido en medio de una vegetación casi tropical, un río que escogían todos los enamorados del lugar para ir a esconder su amor

de las miradas de los indiscretos y de los indiferentes.

El barquero, al verlos llegar, les señaló una barca, la mejor que quedaba en el embarcadero.

—Habría podido alquilarla—hizo observar—. Pero estaba seguro de que vendrían.

Joe sonrió y le tendió un billete de cinco dólares.

—Puede guardarse la vuelta —dijo.

El barquero sonrió socarronamente.

—Mi mujer lo dice siempre: "cuando se quiere de veras, no se mira el dinero"—sentenció.

Joe se volvió alegremente hacia Lily.

—¡Hasta él lo ha notado!—comentó.

Un rato después, habían amarrado en una de las orillas del lago, y se habían sentado sobre la hierba. Joe, no contento con eso, se había tendido muellemente en ella, teniendo cogida entre sus manos

una de las manitas blancas y suaves de Lily.

Permanecieron silenciosos unos instantes. La suprema belleza del lugar les invitaba a contemplarlo con recogimiento. Al fin Lily empezó a hablar, y fué para preguntarle a su compañero:

—Joe... ¿Quién eres tú realmente?

El interrogado se encogió de hombros. Besó dulcemente la mano que retenía prisionera entre las suyas y...

—Un individuo llamado Joe Patrick—repuso sencillamente.

—Esto ya lo sé, pero... ¿de dónde vienes? ¿Qué haces en San Paul?

—Pues, vengo de... Des Moines... Y en San Paul me dedico a cortejar a una joven muy linda, muy linda, y muy buena, que se llama Lily, a la que quiero horrores...

Lily sonrió. No quería creer en las palabras de Joe, no quería creerlas, y sin embargo, sentía que pronto, muy pronto, tendría absoluta necesidad de hacerlo, porque ellas serían como la misma vida para ella, como el aire que respiraba, como la luz que veían sus ojos...

—Y... ¿no trabajas? —inquirió después de una corta pausa.

—No me queda tiempo para nada más que para adorarte...

—¡Oh, Joe, no hables así, no bromees! Te estoy preguntando en serio.

—Y yo te contesto en serio también. No tengo tiempo. Tú absorbes mi atención, acaparas mi pensamiento.

—Dime, Joe... ¿No estarás pasando algún disgusto?

Jack se incorporó. Contempló unos instantes a Lily y luego...

—¿A qué viene esta pregunta? —inquirió.

—No sé. Me ha parecido adivinar que estás pasando algo serio, algo que no te atreves a comunicarme.

—¿Te importaría mucho? —preguntó entonces Joe acercando su rostro al de Lily.

—No... mientras no corriesas algún peligro.

¿Qué lejos estaba la Lily de la orilla del lago, de la otra Lily, aquella artista desdeñosa y altiva que recibiera con tan poca cordialidad al seductor Joe Patrick, la noche en que éste la vió por vez primera! No era sólo el tono con que había dicho estas palabras, sino la expresión de sus ojos, de aquellos ojos bellísimos, lo que la traicionaba. Si Joe no hubiera estado convencido de antemano de que aca-

baria conquistando aquel corazón rebelde, ahora habría podido tener la evidencia de ello. Sourió satisfecho y repuso con volubilidad, como si tuviera prisa en dar la explicación que ella deseaba:

—Pues verás... Tuve un tropiezo en Cheyenne... Pero no quiero mezclarle para nada en eso.

—¡Bah! Eso no me preocupa. Lo otro sí...

—¿Lo otro! ¿Qué es lo otro?

—Tú y yo... y Jack.

—¿Jack? Hay que aclarar eso, Lily, y cuanto antes mejor. Dime sinceramente, noblemente, ¿qué es Jack para ti?

La duda que flotaba en la pregunta de Joe debió resultar dolorosa para Lily, porque contestó rápida y apasionadamente:

—¡Oh, nada, absolutamente nada! Joe, ¿cómo has podido pensar?...

—No he pensado nada, querida Lily. Te pregunto tan sólo.

—Jack me quiere desde que me vió. Al principio, le animé para que me ahuyentara a otros moscones y ahora... ahora cree tener ciertos derechos.

—Pero Lily, ¿cómo pudiste trahar amistad con semejante tipo?

—Bat y él trabajaban juntos, y aunque Bat es sólo hermanastro mío, me ha querido siempre mucho. El se encargó de mí desde que mu-

rieron mis padres, y no tengo queja de su conducta. Hace bien las cosas. Pero no siempre fué así. Yo sé lo que es pasar hambre.

Joe contempló unos instantes en silencio el rostro bellissimo de Lily, ensombrecido ligeramente al recordar épocas pretéritas, que habían dejado en su vida un surco doloroso. Por unos instantes, Richard Perry, el sentimental teniente de la Armada, pareció revivir en él. Un sentimiento parecido a la compasión estuvo a punto de frustrar el intento que le había llevado allí, que le tenía ahora cerca de aquella mujer tan exquisitamente seductora, tan joven y tan buena a pesar del ambiente en que los azares de la vida la habían hecho desenvolverse. Pero el sentimiento del deber se impuso por encima de todo. Las palabras del Presidente McKinley sonaron en sus oídos...

Y fué con un tono taimado e indiferente que siguió haciendo preguntas:

—¿Entonces es que tu hermanastro ha descubierto una mina de oro?

Lily hizo un gesto evasivo.

—No sé. No me lo cuenta todo.

—Pero ahora, por lo menos, estás a cubierto de necesidades.

Lily afirmó con la cabeza. Joe, que había acercado su rostro al de ella, la atrajo hacia sí y la besó apasionadamente.

CAPITULO V

Al día siguiente, Lily mandó a Joe un billeteito perfumado invitándole a ir a buscarla a su casa. Le faltó tiempo para correr a su lado. La encontró ya vestida, dispuesta a salir con él. Estaba bellísima, tanto, que no pudo contenerse de estrecharla entre sus brazos una vez más y decirle esas adorables naderías que suelen decir los hombres a la mujer amada y que suenan en los oídos de ella como el más elocuente de los discursos. Cuando hubo terminado de ponderar su belleza, le dijo:

—Recibí tu nota y me apresuré a venir. ¿Siguen de viaje?

—Sí, por dos días más.

El joven echó una mirada a su alrededor.

—¿Sabes que está muy lujoso esto?—comentó.

—Sí—repuso ella indiferente.

—Y... ¿adónde fueron Bat y Jack?

—No sé—repuso ella evasiva—No recuerdo ahora...

Joe no pareció dar importancia a aquella capciosa respuesta, y se limitó a proponer:

—¿Y si pasáramos el día juntos?

—¡Estupenda idea!... ¿Adónde iremos?

—Vamos a Minneapolis.

—¡Oh, no! Allí nos conoce mucha gente.

—Entonces... ¿Nuestra barca?

—Lo esperaba—repuso ella echándose en brazos de Joe. Este la estrechó entre ellos, tan fuerte, tan fuerte, que Lily hubo de pedir clemencia.

—¡Oh, déjame, por Dios! Si no, no estaré nunca lista. Me has deshecho completamente el tocado.

—Quisiera lavarme las manos—dijo entonces Joe.

—Ahí está el baño—repuso ella mostrándole la habitación contigua.

—Al otro lado, hay el cuarto de mi hermano...

Lo de lavarse las manos había sido sólo un pretexto inventado por Joe para poder entrar precisamen-

te en aquella habitación de Bat, contigua al cuarto de baño. El joven cerró la puerta, abrió el grifo del lavabo para dar la sensación de que, en efecto, se estaba lavando, y lo que hizo fué entrar en el citado cuarto y registrar todos los cajones y, finalmente, el cesto de papeles. Sus pesquisas fueron infructuosas, pero no cesó en su empeño.

Mientras él se hallaba ocupado en la tarea de meter mano en las cosas ajenas, entraron en la casa dos personas que no eran ciertamente esperadas allí en aquel momento. Estas dos personas eran Bat y Jack. El segundo venía herido en un brazo. Lily, al verlos, corrió a su encuentro, preguntando qué había sucedido.

—Un accidente—repuso su hermano lacónicamente—. Tráe agua y vendas.

—¿Qué agua ni qué vendas!—repuso el herido malhumorado—; Que me traiga algo de beber!

En aquel preciso instante llegó a sus oídos un alegre silbar masculino que procedía del cuarto de baño. Antes de que tuvieran tiempo de preguntar nada a Lily, que se había turbado visiblemente, apareció en el cuarto la alegre y apuesta figura de Joe Patrick. Verlo Jack, levantarse de un salto, y correr ha-

cía él gritando brutalmente: "¡Le voy a patear las tripas!", fué cosa de un segundo. Instantes después, Joe, golpeado brutalmente en la mandíbula por el puño sano de Jack, yacía en el suelo sin sentido. Lily, que no había podido evitar la agresión, estaba blanca de ira.

—Eres un bruto, Jack, un verdadero bruto. Conozco a este joven de Des Moines. ¡Vamos a salir juntos, ¿qué mal hay en ello?

—Mientes—chilló Jack, olvidado momentáneamente de la herida y dispuesto a hacer picadillo del infeliz caído.

—Te digo que es verdad...

—Pues yo no recuerdo haberlo visto allí.

—No conocías a todos mis amigos.

—¿Por qué lo has hecho venir aquí?—interrogó entonces el hermanastro de Lily.

—Quería hablarme de un tropiezo que, según él, tuvo en Cheyenne...

Se interrumpió al ver que Bat se había inclinado sobre el cuerpo todavía exánime del joven y registraba todos sus bolsillos. Encontró un fajo de billetes y un papel con un plano, que mostró a Jack. Mientras lo estaban examinando, Joe volvió en sí de su desmayo. Jack, al verlo despabilarse, se le acercó, y

habría arremetido de nuevo contra él, de no habérselo impedido Bat. Este le preguntó entonces mostrándole el plano:

—¿Qué es esto?

—El Banco de Cheyenne — repuso el otro, que por lo visto era una buena pieza.

—¿Y esto?

Jack tuvo un olímpico gesto de desprecio para su víctima.

—¡Mira que robar billetes de un Banco así! ¡Con lo que comprometen!

Hubo una pausa violenta. Los tres hombres se miraron unos instantes con expresión ceñuda. Al fin, Joe, encogiéndose de hombros, se dispuso a dar la oportuna réplica a la consideración que acababa de hacerle su "amigo":

—Por eso tengo aún esos billetes. Es decir... los tenía...

El rostro de Jack expresaba sentimientos muy poco tranquilizadores. Fue tal vez por esto que Joe, cuya mandíbula le había quedado terriblemente dolorida, se puso en guardia cuando el bárbaro se le acercó de nuevo. Pero esta vez no era para propinarle un nuevo golpe, sino para decirle:

—Oye un consejo.

—No lo necesito.

Lily, que hasta aquel momento había permanecido silenciosa, se

acercó a Joe para decirle con tono dolorido:

—Lo siento, Joe, pero no he podido evitarlo. Ha sido más rápido que yo.

—No te preocupes por ello, Lily. Ahora, ¿quieres salir conmigo?

Pero ya la joven había cambiado de actitud para con él. Cuando Jack estaba a su lado, era una mujer diferente. Parecía como si aquel bruto de feris la sugestionara, anulara su voluntad por completo, convirtiéndola en un juguete de sus caprichos. Por eso, cuando le oyó decir con voz estentórea: "¡No saldrás con él!", en lugar de rebelarse bajó la cabeza resignada y...

—Adiós, Joe — le dijo tristemente.

Joe se mordió los labios. Iba a insistir sin duda, pero Jack se interpuso entre ambos y aconsejó brutalmente:

—Vuélvete a Desmains. ¡Créeme! Antes de que sea demasiado tarde. El clima de allá es mejor para los petimetres como tú.

—Pues tú no estás muy bien tampoco, que digamos — repuso el joven burlonamente, mostrándole el brazo herido —. ¿Algún pequeño accidente?

Y como nadie se cuidara de responderle, decidió marcharse. No queriendo Lily salir con él, no te-

nía ya verdaderamente nada que hacer allí.

—En fin... Gracias por su encantadora acogida — dijo saludando burlonamente.

Y volviéndose a Bat:

—Y usted, no se olvide de darle el hiberoncito—terminó.

Salió el joven, sin que Lily pareciera darle importancia alguna a su partida. En seguida fué en busca de agua caliente y vendajes para curarle la herida a Jack. Un momento después entraba en la habitación un hombrecito bajo, rechoncho, con cara de no haber roto un solo plato en toda su vida. Saludó amistosamente a los amigos, y al reparar en el brazo de Jack, preguntó qué había sucedido.

—Nada, que sus bromas sólo le gustan a él— aclaró Bat—. Entramos en un bar para pasar el rato y allí había un calvo. Jack le gasta su bromita de marras y el calvo, tranquilamente, le pega un tiro. Esto echa por tierra nuestros planes.

El hombrecito sonrió maliciosamente.

—A menos que yo tenga una idea...—insinuó.

—¿Algún dato sobre Milwaukee?

—No, allí hace un calor de mil diablos—repuso Jack, que era muy ziharita.

—Sí, pero hay mucha tela.

—Pero muy bien guardada.

—Entonces Madison; Madison es un encanto. Ideal para dar un buen golpe. El sábado tienen que hacer grandes pagos a los ganaderos de la región. Habría que dar el golpe el viernes.

—Yo no podré con este brazo.

—¿Tienes el plano? — inquirió Bat.

—Sí, con todos los detalles necesarios.

El hombrecito sacó un papel, lo mostró a sus compinches, explicándoles:

—Aquí está la señal de alarma. La caja es sencilla y sin complicaciones.

—¿Y los guardas?

—Sé cuál es su consigna. Aquí tenéis la impresión en cera de la puerta trasera.

—¿Se han recibido las cifras del Este?

—Aún no, pero no tardarán en llegar. ¿Y ahora qué debo hacer?

—Irte a Chicago e informarte bien de todo—ordenó Bat.

El hombrecillo se frotó las manos satisfecho.

—¡Por fin voy a poder ver un partido de baseball en serio! — exclamó.

Callaron súbitamente, porque acababa de entrar Lily con la jofaina llena de agua caliente. Lavó

y vendó cuidadosamente la herida de Jack, cuyo rostro expresaba una beatitud celeste.

—Siento que haya ocurrido este accidente, porque tenía un nuevo truco, pero para ello necesito tener los dos brazos libres.

Los labios de Lily se plegaron en una dulce sonrisa.

—Entonces, la vida nos reserva aún una bella sorpresa—comentó mirando a Jack con aquellos ojos tan grandes y tan azules, que tenían la virtud de convertir en un corderillo a aquel barbarote.

CAPITULO VI

Al día siguiente, por la mañana, el joyero Cohen vió entrar en su tienda a un joven petimetre, elegante y atildado, que le pidió le mostrase una pulserita de oro. Cohen lo hizo así. El joven no tardó en escoger una sencilla, pero bonita, que le costó veinte dólares. Pagó inmediatamente, y ya se disponía a marcharse cuando un vendedor de la tienda pasó ante él con una bandeja llena de joyas magníficas. Pulseras, collares, sortijas, todo de brillantes. El joven, deslumbrado, se detuvo unos instantes a mirar aquel tesoro. Luego, como si tomase una resolución repentina, pidió al señor Cohen:

—¿Quiere enseñarme algo de eso?

—Con mucho gusto— repuso el tendero, cogiendo la bandeja de manos del vendedor, y disponiéndose a mostrarle al comprador todo aquel deslumbrador surtido de pedrería.

Pero en aquel momento vió bri-

llar algo en la mano del joven, algo que no era precisamente un brillante. Una pistola, una pistola con la cual le apuntaba a él y al empleado, diciéndole en voz baja y conminatoria:

—¡Manos arriba!

¿Qué otra cosa podían hacer aquellos dos infelices desarmados, sino obedecer? Levantaron las manos, después de haber dejado previamente la bandeja sobre el mostrador. El joven no tuvo que hacer otra cosa que alargar una de las suyas y coger, al azar, unas cuantas joyas de las que había allí depositadas, metérselas en el bolsillo, y siempre apuntando con el arma, retroceder hasta la puerta, permanecer unos instantes indeciso, mirando a todos lados, y en seguida, echar a correr calle arriba, como alma que lleva el diablo. Todavía fué lo suficientemente honrado de no llevarse todas las joyas que había en la bandeja.

El honorable señor Cohen, ape-

nas se vió libre de la amenaza del revólver, salió a la calle acompañado de su dependiente, dando grandes gritos:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Acaban de robarme!

Unas horas más tarde, Bat, que estaba en su despacho del cabaret con Jack y Lily, recibió la visita del doctor, que, según el decir de los amigos de Joe, tenía tanta influencia en la ciudad. Venía hecho una furia, y casi sin saludarle, le espetó a boca de jarro:

—Tengo que hablarte inmediatamente. Hasta ahora se te ha dejado tranquilo en la ciudad. Si, ya sé lo que vas a decirme. Que bastante me pagas por eso... Pero es que lo convenido era que no hariais ninguna fechoría. Si la haciais, teniais que pagar las consecuencias.

—¿Pero de qué diablos estás hablando?—inquirió Bat extrañado.

—Del asunto Cohen. Acaban de desvalijar su joyería.

Jack se encogió de hombros.

—No lo ha hecho uno de nuestra banda.

—Quizás tengas razón. Pero si queréis continuar aquí es preciso que esas joyas aparezcan mañana por la mañana.

—Pero...

—Esta es mi última palabra. Quiero que la ciudad siga limpia...

¿Comprendes lo que pretendo decirte? El joyero es cuñado del alcalde.

—¿Qué datos hay?

—Sólo un billete de veinte dólares del Banco de Cheyenne, con el cual el ladrón pagó una pulsera que acababa de comprar.

El rostro de Jack se contrajo.

—Está bien—dijo secamente—. Vuelve dentro de dos horas. Quizá sepamos algo.

—Así lo espero—repuso el doctor algo más tranquilo—. Como comprenderéis, yo tengo que pensar también en mí.

—¡Sí, claro! Todos tenemos que defender nuestra reputación—comentó Bat con ironía.

Apenas el "honrado" doctor hubo salido, Jack se encaró con Lily para decirle:

—¿Conque tu amiguito vuelve a trabajar, eh?

—Puede no haber sido Joe—insinuó ella que había palidecido visiblemente.

Bat no se exaltó. Era un hombre que jamás perdía el control de sí mismo. Las palabras del doctor debían, no obstante, haberle producido efecto, porque, dirigiéndose a su compinche, le ordenó:

—Ve en busca de Joe Patrick y dile que deseo verle... en seguida.

Jack salió inmediatamente. La



—...ordeno al teniente Ferry que me sustituya...



No tardó en trabar una gran "amistad" con una cocota de pastin.



—No creo que nos conozcamos.



—Podríamos sentarnos a charlar.



— ¿qué es Jack para mí?



...registra los cajones y, finalmente, el cesto de papeles...



—¡Manos arriba!



—...si queréis continuar aquí es preciso que esas joyas
aparezcan mañana...



—¿Me quieres un poco, empujaste?



...se enteraba ávidamente de todo por lo que publicaban los periódicos.



...le arretró el papel que estaba escribiendo.



...podieron entrar impunemente en la Banca Gorman.



«dominó el mecanismo de la caja fuerte»



Salí de la caja fuerte, vacilante, como un ebrio...



—Buena. Escriba usted, pero le advierto que pierde el tiempo.



—Déjame, déjame!
Te odio, te desprecio!

forma en que le transmitiría el encargo de Bat, permanecía todavía inédita, pero no era de esperar que pudiese aprovecharse para un Manual de Buena Educación. Lily y Bat quedaron solos. La joven no tenía a su hermano. No se había detenido a analizar si era bueno o malo, sólo sabía que con ella se había mostrado siempre y en todo momento bueno y condescendiente. Le interrogó más con la mirada que de otra manera y Bat pareció comprenderla, por cuanto le repuso con expresión un tanto burlona:

—Nada... Un pequeño coloquio amistoso...

—¿Qué vas a hacer?—inquirió entonces ella, a la que por lo visto aquello de "coloquio amistoso" no la había tranquilizado demasiado.

—¿Te interesa mucho?

—Sí, mucho.

—¿Por qué?

—¿Quieres saberlo? Porque estoy loca por él. Le quiero, Bat, le quiero como no he querido nunca a ningún hombre, tú bien lo sabes.

Los ojos duros de Bat se suavizaron un tanto. Fué con una expresión de amable condescendencia que inquirió:

—¿Y él?

—Creo no engañarme al decir que me corresponde con la misma moneda.

—Entonces por mí no hay ningún inconveniente — repuso Bat en el mismo tono,

—¡Oh, Bat! ¡Gracias, gracias! No sabes lo feliz que me haces. ¡Si Jack tomara las cosas como tú!...

—Voy a ver si arreglo todo eso — prometió su hermanastro.

En aquel momento llegaban Patrick y Jack. El primero no parecía excesivamente turbado. Acababa precisamente de darle un cigarro a su acompañante, diciéndole:

—Los recibo de la Habana. Son riquísimos.

Bat no se anduvo en preámbulos, preguntándole inmediatamente si había cambiado alguno de los billetes de Cheyenne. El joven dijo que no.

—Entonces estarás sin dinero...

Joe se encogió de hombros.

—Ya me las compondré.

—No será atracando a los joyeros de la ciudad...

Al oír estas palabras, en las que iba envuelta una amenaza, el joven hizo ademán de levantarse, pero Bat se lo impidió, sin hacer tampoco caso de los gritos de Jack que se había empeñado en que le dejase hacer a él.

Un instante después, Joe, convicto y confeso, había soltado las joyas que robara unas horas antes. Bat le advirtió:

—No creas que es para quedárnoslas. Se devolverán a su legítimo dueño. ¿No sabes que esto no reporta nada? En fin, pasaremos una esponja sobre esto y... ya que tanto te gusta el dinero, veremos de hacerte ganar mucho de otra manera, haciendo algún trabajito de cuando en cuando, mientras Jack busca nuevos trucos.

—¿No serás capaz de servirle de él!—tronó entonces Jack que había estado haciendo esfuerzos inauditos para permanecer silencioso.

—¿Me sirvo de quien es inteligente y sabe callarse!—replicó Bat sin inmutarse.

—¿No será de los nuestros mientras yo esté dentro!—siguió gritando Jack a voz en cuello.

Pero no había necesidad de seguir discutiendo por cuanto Joe Patrick acababa de levantarse, y sin hacer caso de los ojos de Lily, que había asistido a la entrevista y le miraba con expresión de súplica, dijo con aire despreciativo:

—Gracias, no acepto. Yo siempre trabajo solo. Mucho dinero y poco riesgo. No veo muy claro en este asunto. Primero me pegan y luego me hacen proposiciones. No, gracias. Si hubiera querido tener compañeros, no me habrían faltado.

Se levantó para marcharse, pero Bat le detuvo.

—Espera un momento. Aquí tienes dinero del bueno. Vete por ahí, tómate unas copas, diviértete y piensa con calma en lo que te he dicho.

Salió Patrick después de haberse embolsado tranquilamente el dinero y cuando los demás quedaron solos, Bat comentó:

—Acabará aceptando. Si se porta bien nos será útil. Si no, le tenemos cogido. Al doctor le encantaría hacer un escarmiento con él. Le daremos una oportunidad.

—¿Bandido!—comentó Jack, cuya indignación, lejos de aminorar, había subido de punto—. ¿Con el trabajo que nos ha costado hacer que San Paul fuera una ciudad tranquila!

Lily no estaba ya en la habitación. Había salido casi inmediatamente detrás de Joe. Lo encontró sentado en una mesa, bebiendo y meditando tal vez en lo que le había dicho Bat. Se sentó a su lado, y con voz temblorosa, con ojos en los que se leía una súplica intensa, le aconsejó que aceptara la proposición que acababan de hacerle.

—Es por tu bien, Joe. Si no aceptas te denunciarán por el atraco.

—¡Buenas relaciones tienes!—

reprochó Joe con amargura—. Si hayo me perseguirán. Si me quedo, Jack me liquidará. No me queda otra elección que juntarme con ellos.

—Quédate por lo menos hasta que el asunto se calme.

Joe pareció por fin aceptar alegremente aquella idea.

—¡Excelente idea! Así podré verte más a menudo...

—¿Me quieres un poco entonces?—inquirió después de una corta pausa.

Lily tardó unos instantes en responder. Durante aquellos instantes, sus ojos anticiparon lo que iban a decir sus palabras. Al fin, en voz baja, que era casi un murmullo, susurró:

—¡Bien lo sabes tú! Así como también que es la primera vez en mi vida.

Se besaron. Después, Joe le dijo:

—Di a Bat que acepto y vuelve en seguida. Tengo mil cosas que contarte.

Cuando Lily entró en el despacho de su hermanastro, encontró a Jack hecho una furia. Acababa de encender el cigarro que le diera Joe, y había hecho explosión en sus mismas narices. Aquella manera tan indecorosa de tomarle el pelo había provocado en él una re-

acción tan violenta, que de no haberse recibido en aquel mismo instante el mensaje que desde hacía algunos días estaba esperándose del Este, habría dado buena cuenta de Patrick. Pero ahora, después de la noticia que acababa de darle Lily, el odiado Joe pertenecía también al "clán", y probablemente operaría inmediatamente en el nuevo golpe que se estaba preparando contra el banco de Madison.

* * *

Unos días después, en la Casa Blanca, el Presidente había convocado a algunos miembros del Gabinete, así como al Director General señor Wallace, al Comisario de los Bancos Nacionales, señor Maxwell, y a otros altos personajes de las finanzas, para hablar precisamente del asunto de los robos de los bancos, que se hacían cada vez más frecuentes. Precisamente el día anterior se había cometido uno en el Banco de Madison. Los ladrones habían entrado impanemente en él, habían abierto la caja fuerte y se habían llevado cincuenta mil dólares contantes y sonantes. ¡Una bicocha! Se levantó a hablar el Comisario de los Bancos Nacionales, Maxwell, y sus palabras fueron co-

mo una acusación para el hombre que, sentado frente a su mesa de despacho, le escuchaba atentamente: el Presidente MacKinley.

—En mi calidad de Comisario de los Bancos Nacionales, hablo en nombre de todos los hombres de negocios que empiezan a perder la confianza en la Autoridad...

—Temo que el señor Maxwell tenga razón — repuso el Director General, señor Wallace, cogiendo la insinuación al vuelo —, pero es el caso que nos encontramos impotentes para descubrir a los autores de estos robos. Ya que mis esfuerzos personales son inútiles, estoy dispuesto a ceder mi cargo.

Entonces intervino Teodoro Roosevelt, el Vicepresidente de la República, que asistía al acto. Con su nerviosismo habitual había estado escuchando las palabras de Maxwell primero, y después la réplica del Director General. Pidió la venia para hablar, y una vez concedida, se levantó y empezó a decir:

—¿Que me dejen crear un cuerpo de policía especial y se acabarán esos robos! Sé que ese orga-

nismo está falto de hombres y de dinero, y he aquí el secreto de muchos de sus fracasos. Detendré a los ladrones y les haré hablar. Así sabremos lo que se oculta tras de estos robos que nos están desprestigiando a todos ante la nación entera. Si los ladrones de bancos quieren guerra, guerra tendrán. ¡Guerra sin cuartel! ¡No se los puede vencer con palabras! Hay que hablar con suavidad, pero empuñando un buen garrote, un buen garrote... — terminó diciendo, sin darse cuenta de que con los gritos que daba, se hacía muy difícil creer en aquel lema suyo de "hablar con suavidad", que acababa de exponer.

—Bonita imagen parlamentaria, amigo Roosevelt—elogió uno de los altos personajes allí reunidos—. Póngala usted en algún discurso. Tiene usted razón, hay que desenmascarar a la persona que está detrás de estos robos. ¡Hemos de conseguirlo, caiga el que caiga!

—Sí, caiga el que caiga, repuso el Comisario de los Bancos, Maxwell.

CAPITULO VII

La noticia de que iba a ser creado un cuerpo especial de policía para vigilar los bancos del Oeste, cayó en el "clan" de Bat y sus compinches como una bomba. Pero no conocía al hermanastro de Lily el que creyera que se iba a arrear por eso. Pronto hubo decidido lo que debía hacerse. ¿No iban a vigilar el Oeste? Pues ellos se irían al Este. A Baltimore, por ejemplo. ¿Acaso no había allí bancos de sobra en los cuales se podía operar impunemente?

—Vamos a "trabajar" el Banco Gorman—advirtió.

—¿Quién le dió los datos?—inquirió, con aire indiferente, Joe, que se enteraba ávidamente de todo lo que se refería a "ellos" por lo que publicaban los periódicos.

—Un amigo — fué la seca respuesta de Bat.

—Se lo he preguntado, no por curiosidad, sino porque pienso que si el Gobierno se decide a intervenir, la cosa cambia extraordinaria-

mente. Nuestro trabajo será más arriesgado y... quisiera saber quién nos protege en la sombra.

—No te preocupes, te protejo yo.

—¿Y si te ocurre algo a ti?

—Entonces te protegería yo — insinuó Jack con aire "maternal"

—¡Esto temo!—repuso Joe, sonriendo.

—¿Nos pasó algo en Madison? Pues igual será en Baltimore. Lily se quedará aquí, cuidando de todo eso. Ya podéis empezar a hacer las maletas. El tren sale a las dos.

—Está bien. Voy a preparar mi equipaje—dijo Joe.

Apenas había salido, Jack, que seguía alimentando un odio africano hacia el joven, dijo malhumorado:

—¿Por qué llevarle con nosotros? ¡Me revienta!

—Tienes razón—aceptó Bat.

Y luego, mirándole por el rabillo del ojo, insinuó:

—Podría quedarse aquí, para hacer compañía a Lily.

Aquellas palabras obraron el milagro de hacerle cambiar repentinamente de manera de pensar. Jack gritó furioso:

—¡Ah, no, no! ¿Que venga con nosotros!

Lily, enterada de la próxima partida de Joe, fué a su encuentro, antes de que saliera del cabaret, para suplicarle que no fuera. Un cambio profundo se había apoderado en ella desde que tenía la evidencia de que su amor por él era correspondido. Un anhelo intenso de cambiar de vida, de dejar aquel ambiente que hasta entonces, recordando los años de hambre y miseria, había tolerado en torno suyo, cerrando los ojos para no ver, se había apoderado de ella.

—No vayas, Joe. Es una ocasión única para dejarlos. Si me quieres de verdad, hazlo por mí. ¡Escoge entre ellos y yo! Hasta ahora cerré los ojos a sus fechorías, pero ahora todo ha cambiado en mi vida.

Pero Joe no parecía dispuesto a complacerla. Le tentaba sin duda la perspectiva de conseguir dinero en abundancia, sin arriesgar demasiado. Su primer éxito en Madison debía haberle envalentonado.

—¡Sólo unos días!—suplicó.

Lily sonrió amargamente:

—Está bien. Cuando vuelvas, ya no me encontrarás aquí.

Aquellas palabras hicieron reaccionar a Joe. Prometió acceder a sus ruegos. Se abrazaron largamente, sellando aquel pacto con un beso. Quedaron en que huirían juntos, irían a esconder su amor lejos de la venganza de Bat y su compinche. ¿Cuántos proyectos, cuántos sueños forjó la mente de Lily mientras cantaba distraídamente los "blues" sentimentales ante aquel público de rastacueros!

Cuando Joe Patrick llegó a su cuarto de hotel, lo primero que hizo fué sentarse ante una mesa escritorio, coger pluma y papel, y encabezar una carta con la inscripción siguiente:

"Respetado Presidente":

Permaneció unos instantes indeciso y luego siguió escribiendo:

"La tarea que usted me encomendó es superior a mis fuerzas. No me es posible seguir adelante, y le ruego se digne aceptar mi renuncia."

Habría querido decirle "amo a una mujer, y ella es la causa de todo. No me atrevo a hierirla en sus más íntimos sentimientos y buscando unos criminales he encontrado el amor, el verdadero amor que se encuentra una sola vez en la vida y temo perderlo"... pero esto no se lo podía decir Joe Patrick al Pre-

sidente de los Estados Unidos, para justificar su descripción.

Mientras escribía, Joe tuvo de pronto la sensación de que "alguien" se hallaba en la habitación, cerca de él, observando sus movimientos. Siguió, no obstante, escribiendo febrilmente...

No se había equivocado. Jack estaba allí, oculto tras unos cortinajes, esperándole... con un revólver en la mano. Avanzó cautelosamente, y antes de que Joe hubiera tenido tiempo de hacer el menor movimiento, le arrebató el papel que estaba escribiendo. Sus ojos asombrados descubrieron entonces... ¿la traición, acaso, de que estaban siendo víctimas por parte de aquel lechuguino? ¡No! Su propia caricatura, fantásticamente hecha. Al verse ridiculizado en el papel, perdió el mundo de vista. La ira le cegó unos instantes y gracias a ello no pudo ver como Joe se metía en el bolsillo otro papel... el papel que de haber sido descubierto por Jack le habría equivalido a un pasaporte para el otro mundo.

En aquel momento llamaron a la puerta. Joe acudió a abrir sin hacer caso del revólver de Jack que seguía apuntándole. Era Lily, la bella y seductora Lily, más hermosa que nunca, que se echó en brazos de Joe, llamándole "amor mío".

¡Amor mío! ¡Rayos y truenos! ¿Qué aguardaba Jack para cometer un desaguisado?

Lily, al verlo, se sobrecaltó ligeramente, pero en seguida, comprendiendo que había llegado el momento de las francas explicaciones, le dijo:

—Tú sabes que nunca te he querido, Jack. Te estimo muchísimo... pero el amor es otra cosa.

—Sí, sí, comprendo — aceptó Jack aparentando resignarse—. No hablemos más de ello. No te guardo rencor ninguno. Además, hay otras mujeres en el mundo.

Se volvió hacia Joe:

—Te espero en la estación—le dijo.

Apenas se había marchado, Lily se echó en brazos del joven, exclamando con expresión de pánico:

—¡Miente! No me dejaría escapar de sus manos tan fácilmente. Tú no le conoces. Tenemos que partir inmediatamente.

Pero los últimos acontecimientos habían tenido la virtud de despejar la mente de Joe. El concepto del "deber", se presentó claro ante sus ojos. No, no podía, no debía renunciar a la misión que le habían encomendado, debía seguir hasta el fin, aunque para ello tuviera que sacrificar sus más caros sentimientos.

—Lo siento, Lily, pero voy a Baltimore con ellos.

—¡Joe! Tú me habías prometido...

—Ha sido en un momento de ceguera. No puedo volverme atrás, Lily.

—Joe — dijo entonces Lily con voz grave—. Ese hombre te odia. ¡Te matará, Joe, te matará, y entonces yo moriré también! Pero ¿es que no has comprendido que te quiero, que eres mi vida? ¡Oh, Joe, Joe, hazme caso! ¡No partas! ¡Huyamos juntos adonde nadie nos conozca!

Todo inútil. La voluntad de Joe parecía haberse vuelto de acero. Nadie podía quebrantarla. El "hasta luego, en la estación", que pronunciaron sus labios al despedirse de Lily, resonó en los oídos de ésta como una sentencia de muerte.

* * *

El primer mensaje del Teniente Richard Percy llegó por fin a la Casa Blanca y fué recibido inmediatamente por el Presidente. Era una carta, en el borde de la cual había la contraseña, y en la que se le decía lacónicamente:

"Pasado mañana, viernes, en el Banco Gorman de Baltimore."

El Presidente telefoneó inmediatamente la noticia a dos personas. La primera era el Jefe del Departamento de Policía, la segunda, el Comisario de Bancos del Estado.

—Tengo información de que los ladrones de Bancos van a operar en el Este...

—¿El Banco Gorman de Baltimore? Está bien, yo me ocuparé del asunto. ¿Quién dió la información?

Aquella pregunta, hecha por el Jefe del Departamento de Policía, quedó sin respuesta. MacKinley consideraba indispensable mantener el incógnito de la persona que se la había proporcionado. Cuando llamó a Maxwell le dijo con tono alegre:

—Tengo una gran noticia que comunicarle, señor Maxwell. Van a acabar por fin los robos a los Bancos.

—¡Magnífico! ¿Tiene usted datos precisos?

—Sí, pero me es imposible decir más por el momento.

Maxwell colgó el aparato. Su rostro feo e inexpressivo se calentó ligeramente. Permaneció unos instantes indeciso, y luego, cogió de nuevo el auricular, y llamó:

—Póngame con interurbana. Conferencia con Baltimore. Century Hotel...

L A C O N T R A S E Ñ A

Colgó el auricular en espera de conferencia. Se levantó, anduvo unos minutos por la habitación, a grandes zancadas, con el rostro ca-

da vez más sombrío. Se acercó de nuevo a su mesa de trabajo, descolgó una vez más el auricular y...

—¡Anule la conferencia que acabo de pedir!—dijo secamente.

CAPITULO VIII

Todo sucedió como los ladrones habían previsto. Gracias a la buena preparación que precedía siempre a sus "golpes", en los que ni un solo hilo quedaba sin atar y las menores dificultades estaban ya salvadas de antemano, pudieron entrar impunemente en la Banca Gorman, cortar el timbre de alarma, dominar el mecanismo de la caja fuerte... Dos maletas que llevaban a previsión, quedaron llenas de billetes. ¡Buena presa la de aquella noche! Mejor que todas las que la habían precedido.

Pero Lily había estado en lo cierto al recomendar a Joe que no se fiara de Jack. Este era un enemigo temible. No perdonaba nunca, y habría sido capaz de vender su alma al diablo con tal de vengar una ofensa. Aquel hombre fuerte y vigoroso, capaz de aniquilar a un semejante suyo de un puñetazo, había claudicado solamente ante otra fuerza superior a la suya. La fuerza hecha de debilidad, de una mu-

jer. La frágil belleza de Lily había sido más poderosa que su brutalidad primitiva. Amaba a Lily con un amor extraño, mezcla de ternura y sensualidad. Por un tiempo había llegado a creer que aquel tesoro de belleza y de juventud podría ser suyo... Y he aquí que aquel "lechuguino" presumido que había aparecido en San Paul, con sus manos lavadas y sus aires de petimetre, le había robado el corazón del único ser que quería en el mundo. No se sentía capaz de levantar contra ella un solo dedo, pero él ¡él! no podría escapar a su venganza.

Se hallaban dentro de la caja fuerte, acabando de desvalijarla. Y de pronto, Joe, que se disponía a salir llevando una brazada de billetes, sintió que un puño fuerte y brutal le golpeaba bárbaramente. Tuvo tiempo apenas de soltar un ¡ay! ahogado y caer al suelo perdido el conocimiento. Realizada su obra, Jack entornó la caja fuerte

dejando dentro a su víctima, y sonriendo sardónicamente, fué en busca de Bat. Ambos se dispusieron a salir. Este último, ignorante de lo que acababa de suceder, le preguntó dónde estaba Joe, y el interrogado repuso tranquilamente:

—Ahora viene.

Pero el informe facilitado a la Casa Blanca por el teniente Richard Perry iba a dar pronto el fruto apetecido. La policía había cercado el banco. Algunas agentes habían ya entrado en el local. Los ladrones, al darse cuenta de ello, se echaron al suelo.

Y entonces, en medio de la obscuridad, se trabó una lucha terrible. Parapetados tras de unas mesas que les servían de trincheras, Bat y Jack, dándose perfecta cuenta de que habían sido delatados, se dispusieron a vender cara su vida. Cayó un agente, y otro, y otro, en el cumplimiento del deber. Héroes anónimos y oscuros, olvidados mañana por esta Sociedad indiferente a la que sacrifican su vida.

Pero las balas de los policías eran también dañinas. Bat, el hermanastro de Lily, aquel hombre de alma impenetrable, fué la primera víctima. También Jack cayó, pero no herido de muerte. Cuando terminada la lucha en la obscuridad, los agentes encendieron las lu-

ces, pudieron comprobar que alen-
taba todavía.

Y entonces, ante los ojos atónitos de los policías que acababan de ganar honrosamente una batalla entablada entre la Ley y los que voluntariamente se habían colocado fuera de ella, apareció un tercer bandido, que sin estar herido, casi parecía que lo estuviera. Salíó de la caja fuerte, vacilante, como un ebrio, atontado tal vez por el fragor de la lucha.

Aquel hombre era Joe Patrick.

* * *

Jack, que tenía la fuerza de un toro, no tardó en sanar de sus heridas. El y Joe fueron internados en la Penitenciaría de Maryland, hasta el día... hasta el día de la ejecución de la sentencia, que era la de morir en la horca. La única muerte que merecían aquellos hombres por cuya causa llevaban luto tres hogares. Había que hacer un escarmiento. Demostrar que la ley es dura e inflexible como el acero.

Joe Patrick y Jack Ramsay no podían ahora hacer otra cosa que esperar a que se cumpliera la terrible sentencia que había recaído sobre ellos. Las dos celdas que ocupaban en la penitenciaría esta-

han una al lado de la otra. No podían verse, pero podían comunicarse de palabra, darse las manos... Jack podía, sobre todo, seguir haciendo sus juegos con la baraja que le había sido fiel, acompañándole hasta allí y que guardaba en su bolsillo. Era su única distracción. Pasaba las horas muertas haciendo solitarios y obligando a Joe a secundar sus juegos de manos. Parecía tranquilo y resignado. Joe, en cambio...

Aquel Joe Patrick se había puesto en un plan insostenible para un condenado a muerte. A cada hora, a cada momento le recordaba la sentencia. ¡Como si fuera algo agradable! ¡Como si se tratase de un primer premio de la lotería! Y se lo machacaba con palabras terribles, con una elocuencia que habría resultado magnífica en labios de un juez, pero no en las de un reo condenado a sufrir la misma pena.

—Van pasando los días, el momento se acerca y... ¡Ah! ¡No puedo pensarlo! ¡No quiero morir, no quiero! ¿Qué haces tú para seguir tranquilo? ¿Es que no tienes sangre en las venas?

—Es que no me han ahorcado todavía, eso es todo. ¡Pronto estaremos fuera! No te apures...— repetía invariablemente Jack.

—¿Sí, eh? Entonces ¿por qué no nos protegieron durante la causa? ¿Por qué permitieron que se nos condenase a morir en la horca?

—Quizá tuvo sus razones para ello.

—¿Tuvo? ¿Y quién fué ese que "tuvo" sus razones?

—Ya intervendrá cuando sea necesario...

—Sí, cuando sea necesario, o cuando sea demasiado tarde. ¡Ya sólo faltan doce días! ¿Por qué no hace nada? ¡Ah, eso es horrible, horrible! Yo no puedo dormir. ¡No veo más que la soga!... ¡Este ser misterioso que según tú nos protege, se ha olvidado de nosotros y volverá a acordarse al día siguiente de haberse cumplido la sentencia. ¡Maldita suerte la mía! ¡Me lo tengo bien merecido por haberme asociado a vosotros! ¡Ah! ¡Yo no quiero morir, no quiero morir, no quiero morir!

Agarrado a los barrotes de su celda, Joe Patrick parecía presa de delirio. Nadie habría reconocido en él al joven petimetre de San Paul. Pálido, demacrado, sin afeitar, temblando y gritando a cada momento que no quería morir. Aquel constante estribillo era capaz de destruir los nervios del más templado.

—¡Basta ya de chillar! Te digo

que él nos sacará de aquí. ¿Por qué no ha de sacarnos? Mira, déjame hacerte un juego de manos. Anda, toma una carta. Ajá... Ahora ponla entre las demás, barájala... A ver si la encuentro.

Esta vez el juego le salió bien, pero más le habría valido que no fuera así. ¡Había escogido el As de espadas! ¡Mal augurio para un condenado a muerte!

Pasó un día, y otro y otro... Se iba acercando el día fatídico. Y el milagroso salvador no aparecía. Jack, que empezaba a perder los estribos, tenía que oírse esto una y otra vez de labios de su compañero de infortunio.

—Esta noche he vuelto a soñar. Subíamos los peldaños del patíbulo. ¡Eran trece! Tú reclamabas a alguien. Pronunciabas un nombre que no entendí bien... Pero nadie respondió a tu llamada. ¡Ah! ¿Por qué no viene ese hombre que tú sigues esperando con tanto fe? ¡Debes decirme quién es! ¡Tengo derecho a saberlo!

Las manos de ambos se crispaban en los barrotes de las rejas. Ahora no era sólo Joe Patrick el que tenía miedo. El terror estaba haciendo presa también en aquel matón, que nunca había temido a la muerte.

—No hablaré, no hablaré—repetía obstinado.

—¡Porque no existe! ¡Has mentido!

—¿Cómo sabíamos, pues, las cifras de las cajas?

—Entonces es que nos ha abandonado. ¡Tiene miedo! ¡Fué él quien nos vendió, mandando policías a Baltimore! ¡Tú dices que fué una casualidad, pero yo no lo creo! ¿La cárcel fué casualidad también?

—¿Quieres callarte de una vez? —gritó Jack furioso.

Pero Joe no obedecía. Al contrario, seguía hablando cada vez más exaltado y vehemente.

—¡Ya prueban la soga... y él no aparece!

—Estará trabajando bajo mano. Aun hay tiempo.

—¡Sí! ¡De volverme loco!... ¡Quiere que nos ahorquen! ¡Sabemos demasiado!

—¡El no me haría eso a mí!

—¡El mejor amigo huye cuando se trata de la horca!—repuso Joe implacable.

—¡Basta ya! Acabarás volviéndome loco a mí también. ¡Te digo que él nos sacará de aquí!

—¿Cuándo? ¿Cuando estemos muertos?

—El vendrá...

—Sí, vendrá... ¡Vendrá a presenciar la ejecución, oculto en la

sombra como ha estado siempre. Nos verá subir los trece peldaños, verá cómo nos ponen el mudo corredizo, nos verá patallar en el aire espantosamente, como dos peleles. No será ciertamente él, ¿él? quien se ahogue hasta saltársele los ojos, hasta salirle la lengua un palmo fuera, hasta morir horriblemente... ¡Somos nosotros quienes moriremos! ¡No él! ¿No comprendes eso, so primo? Un primo, sí. ¡Eso eres! Bat lo sabía, y Lily, y yo... De mí no se burlaría. Si yo supiera su nombre iban a oírme todos.

El rostro de Jack Ramsay infundía miedo. Los ojos flameantes de ira, los labios espumeantes, las mandíbulas apretadas... Sus manos agarradas a los barrotes, los sacudían violentamente, como si quisieran romperlos. El trabajo de zapa que había estado haciendo Joe había triunfado finalmente. Jack había perdido en un solo momento la esperanza que le había sostenido hasta entonces. Ahora no era ya más que un condenado, un condenado que estaba a punto de caer en uno de aquellos accesos de desesperación que acometen siempre a los condenados a muerte.

— ¡Ah! ¡Canalla! — gritó presa de delirio—. ¡Eso quiere! ¿Conque me tiene por un primo, eh? ¡Pues no moriré, no moriré para

salvarlo el pellejo a él! ¡Que sepa lo que es sentir la soga en su pescuezo! ¡No se saldrá con la suya! ¡Saldré de aquí aunque tenga que echar abajo toda la penitenciaría! ¡Sí! ¡Saldré de aquí! ¡Saldré de aquí! Claro... ¡Un gran señórn! ¡Un comisario! Todo un señor *Inspector de Bancos del Estado*. ¡Ah! Maxwell. ¡Me las pagarás, Maxwell! ¡No han de abortarme a mí para que tú salves tu sucio pellejo! ¡Me las pagarás a pesar de todo tu poder! ¡Me las pagarás!

¡Bravo, teniente Richard Perry! ¡El Presidente MacKinley había hecho bien en confiar en tu habilidad para salir airoso de las situaciones difíciles! Había hecho bien, al mismo tiempo, en confiar en tu honor, en tu patriotismo, en tu altísimo concepto de la palabra "deber". A este concepto habías estado dispuesto a sacrificarlo todo, habías llegado al borde mismo de la borcea, habías vivido en peligro constante de ser suprimido por tus mismos cómplices. ¡Tarea ardua, en verdad, la de arrancar la ansiada revelación de labios de Jack Ramsay! Pero, al fin, habías triunfado. Ahora sólo faltaba comunicar a MacKinley el éxito de tu empresa.

A los gritos estentóreos que saltaba Jack acudieron los agentes, los

cuales, al darse cuenta de que estaba bajo los efectos de un ataque de locura, se apresuraron a ponerle la camisa de fuerza. En cuanto a Joe Patrick, pidió ser conducido a presencia del director de la cárcel. Se accedió a su pretensión. Una vez allí, el joven solicitó escribir una carta nada menos que a la más alta autoridad de la nación. Al mismísimo Presidente.

—Permítame informarle que toda apelación debe hacerse por conducto de su abogado — insinuó el Director, creyendo que se trataba de una súplica de indulto.

—¿No se concede a un condenado a muerte cuánto pide?

—Hasta cierto punto.

—¿Qué hay de malo en escribir al Presidente?

—Bueno. Escriba usted, pero le advierto que pierde el tiempo.

Allí, en el mismo despacho del director, el joven trazó unos renglones. Luego pidió un sobre, en el que escribió la dirección. Al borde del mismo dibujó una circunferencia con una cruz en el centro.

Pocas horas después, en Buffalo, el Presidente MacKinley caía acorralado a balazos por una mano asesina. La noticia de la Casa Blanca que esperaba tan ansiosamente un condenado a muerte, no llegó a su poder. En cambio, uno de los

guardias de la cárcel le comunicó lo ocurrido.

—MacKinley ha sido víctima de un atentado hace dos horas. El asesino llevaba un brazo en cabestrillo para ocultar el arma. Ha sido detenido. No se sabe aún si el Presidente salvará la vida...

Transcurrieron unas horas de mortal incertidumbre para Joe Patrick, mejor dicho, teniente Richard Perry. Horas lentas, interminables, horas de esperanza y desesperación, horas en las que estaba condensada una eternidad en cada minuto...

Los diarios de la noche anunciaron una pequeña mejoría en la persona del Presidente. La herida era gravísima, pero los médicos reunidos en torno a la cabecera del ilustre enfermo no desconfiaban todavía en salvarle...

Encerrado en su celda, sentado en su camastro, con el rostro oculto entre las manos, Richard Perry evocaba su vida, aquella vida exuberante y feliz, aquella vida que no quería perder, porque le ofrecía todavía tantas, tantas cosas bellas... Pensaba en Lily, a la que amaba apasionadamente, en su carrera, en sus compañeros de armas, en la belleza de las cosas terrenas. ¿Era posible que tuviera que renunciar a todo aquello? ¿Era posible que?...

La terrible visión de la horca acudió a su mente. La rechazó con un gesto de horror. ¡No, no quería morir! ¡Aquel grito que había lanzado tantas veces durante los últimos días, para hacer hablar a Jack, lo musitaba ahora entre dientes!

Dos días antes de que se cumpliera la sentencia, el Presidente, que había estado luchando bravamente entre la vida y la muerte, sucumbió al fin. Cuando el guardián de la cárcel le comunicó la noticia a Patrick, éste sintió un escalofrío recorrerle todo el cuerpo. Por un instante había experimentado la sensación de la soga rodeando su cuello... ¡Muerto, muerto el Presidente, el único hombre que estaba en el secreto de lo que ocurría! ¡Sellados para siempre los únicos labios que podían absolverlo! ¿Qué sería de él? ¿Tendría que morir ahorcado, con el sello de la ignominia? ¿Su heroísmo callado y consciente tendría que quedar en el anonimato? ¡Oh, no, no! ¡El no podía renunciar a la vida, no quería renunciar a ella! ¡Era demasiado doloroso morir a su edad! No quería morir, no quería morir, y sin embargo... ¿quién acudiría a salvarle?

¡Lily! ¡Sí, Lily! Cuando vió a aquella adorable figura de mujer

avanzando por el pasillo de la cárcel, sintió de pronto que todo revivía en torno suyo. Y cuando tuvo en sus brazos el adorable cuerpo de ella, cuando volvió a besar sus labios, cuando se embriagó de nuevo con el perfume de sus cabellos, y sintió su voz dulcísima llamarle por su nombre, comprendió que no podía morir, que no debía morir, que la vida era una cosa demasiado hermosa...

—Te dije que no vinieras — insistió hablándole muy quedo, casi al oído—. No quería mezclarte en esto...

—¡Oh! Joe, poco importa ya todo ahora. Mañana moriré yo también. Sí, Joe. Te lo dije una vez. No quiero aceptar la vida sin ti.

—Calla, calla, no digas insensateces — murmuró él acariciando suavemente sus mejillas—. Tú debes vivir, eres joven y la vida te reserva todavía muchos placeres.

El dolor contenido de Lily, estalló por fin en sollozos. Ocultó el rostro en el pecho del amado y lloró, lloró perdidamente, sin que él hallara palabras para consolarla. Al fin pareció reaccionar, levantó la cabeza, fijó sus ojos hermosísimos, llenos todavía de lágrimas, en los ojos de Joe, y le dijo ansiosamente:

—¡Joe! ¿No hay nada, absoluta-

mente nada a hacer? ¿Está todo perdido irremisiblemente?

—Sí, quizá podría hacerse algo todavía, pero...

—Pero ¿qué?

—Dudo que lo consigas en tan poco tiempo.

—¡No, no, Joe! Dime lo que debo hacer. Removería cielo y tierra con tal de salvar tu vida. ¡Joe, amor mío! ¡Habla! Dime... ¿qué puedo hacer por ti?

—Primero es necesario que te diga algo, que te haga una confesión un poco dolorosa.

—¿Dolorosa?

—Sí, porque tengo miedo de perder tu amor, tengo miedo de que llegues a detestarme.

—¿Detestarte? Joe, ¿detestarte a ti? ¡Jamás podré detestarte!

—Entonces, déjame que te hable. Yo no me llamo Joe Patrick.

—¡Bah! Esto no tiene importancia. ¡Hay tantos que cambian de nombre! Aunque fueras el más empedernido de los criminales, te seguiría creyendo.

—No se trata de eso, Lily. Se trata de... ¿Recuerdas aquel asunto de Cheyenne del que te hablé? Pues bien, fué una mentira, una mentira; en mi vida había estado en aquella ciudad.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Yo no soy el que tú te figuras

Soy teniente de navío; el Presidente me encargó descubrir a los ladrones de Bancos... Aquellos billetes y aquel atraco no fueron más que una treta. Creía estar sobre una pista y preparé el asunto de manera que pudiera entrar en la banda sin despertar las sospechas de Bat y Jack.

A medida que hablaba, observaba atentamente el rostro de Lily. Este había ido cambiando poco a poco de expresión. Sus ojos no estaban ya llenos de lágrimas, sino todo lo contrario. Se habían secado repentinamente y tenían ahora un brillo extraño. Un relámpago de ira pasó por ellos al preguntar secamente a Joe:

—Entonces... ¿tu amor por mí también fué una treta?

—No. ¡Eso no! —rechazó el joven con entonación ferviente— ¡No, Lily, no! Sácate esta idea mala del pensamiento. Te quiero, Lily, te quiero de veras. Al principio, no; pero ahora ¡ahora te adoro, amor mío! ¿Cómo puedes dudar de mi cariño?

—Ahora... sigues mintiendo también.

—Lily, tienes que creerme—suplicó el enamorado, intentando besarla de nuevo; pero ella le rechazó con un gesto.

—Lo comprendo todo ahora. Me

utilizaste de señuelo para coger a mi hermanastro y al otro.

—Lily, precisaba saber el nombre del hombre que estaba tras ellos.

—¿Y no sabes aún quién es?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo es que sigues aquí?

—Sólo el Presidente estaba en el secreto. Pero en fin, no es posible que no haya justicia para mí. Si yo pudiera comunicarme con el Almirante Dewey...

—¿Por qué no lo has hecho?— siguió inquiriendo ella siempre en el mismo tono duro y seco.

—Lo he intentado inútilmente. Los guardianes creen que se trata de una excusa para conseguir un aplazamiento de la sentencia.

—¿Y qué es lo que querías decir al Almirante, en el supuesto de que pudieras comunicarte con él?

—Explicarle todo y demostrárselo con mi última carta al Presidente. Fíjate, Lily. Mi correspondencia con el Presidente se distinguía por esta contrasena dibujada en uno de los bordes del sobre.

Y al decir esto, el joven trazó con tiza en la pared, la circunferencia con la cruz en el centro.

Hubo una corta pausa. Los ojos de Lily se fijaron unos instantes distraídamente en el signo trazado

por Joe. Lo contempló casi con indiferencia, como si aquello hubiera dejado repentinamente de tener interés alguno para ella. Luego, levantando la mirada hasta el rostro del que había dejado definitivamente de ser Joe Patrick para convertirse en el teniente Richard Perry, le dijo con un tono en el que se mezclaban la ironía y el despecho:

—¿Y crees tú que vas a poder servirte de mí una vez más?

—¿Lily!—exclamó el joven vivamente dolorido al ver la actitud hostil de ella.

—¡Magnífico! ¿Conque un teniente de navío?... ¡Un soplón! Esto es lo que tú eres. ¡Un soplón! Tienes muy merecido lo que te sucede. ¿Me quieres mucho? ¡Claro! El señorito adora a la artista de cabaret mientras ella puede serle útil. ¡Ah, no!... ¡Esta vez no conseguirás engatusarme con tu palabrería! ¡No, no! Yo valgo algo más que esto. Has sido un traidor a mi amor, un traidor a la confianza que yo había puesto en ti. ¡Y pensar que yo te he querido, te he querido locamente, como no quise nunca a ningún hombre, mientras tú te servías de mí para desenmascarar a unos ladrones! Ladrón por ladrón, prefiero a los otros. Tú me has robado la paz del espíritu, has

hecho de mí un ser profundamente desgraciado. Que te salve; ¿dices? No, no te salvaré. Al contrario, iré a ver cómo te ahorcan. Será un espectáculo muy divertido.

—¡Calla, calla, Lily, no sabes lo que dices!...—suplicó el joven tratando de calmar la exaltación de ella. Todo inútil, Lily no le oía, no quería oírle. Estaba como loca, loca de desesperación, de rabia, de desprecio.

—Déjame, déjame!... ¡Te odio, te desprecio!...

Salió de la celda, sin que pudieran retenerla los gritos de Richard que la llamaba desesperadamente. La ira la cegaba. En aquel momento habría visto cómo se llevaban a la horca al ser amado y habría permanecido impassible.

Ahora, la última luz de la esperanza que brillaba todavía en el pensamiento de Richard, se había apagado por completo. En el interior de su alma no había más que desolación infinita. Y aunque pueda parecer absurdo, después de las terribles horas de incertidumbre vividas desde el momento en que se enteró de la muerte de MacKinley hasta el instante en que el último revuelo de la falda de Lily se perdió en el fondo del pasillo de la cárcel, casi llegaba a experimentar una sensación de alivio ante aque-

lla espantosa certidumbre de lo irremediable. Todo estaba perdido para él. No quedaba más que morir, morir de una muerte ignominiosa. Ante la terrible incógnita del más allá, Richard Perry, el brillante y conquistador teniente de navío, volvía sus ojos hacia Dios, que es la suprema Bondad y la suprema Misericordia, pidiéndole que se apiadara de su alma, que le diera fuerzas para apurar el cáliz de la amargura.

Lily había salido de la cárcel en un estado de ánimo difícil de describir. Durante mucho rato, mientras andaba a la deriva por las calles de la ciudad, persistió en ella aquel sentimiento de odio que enturbiara su mente un rato antes, después de la revelación que oyera de labios de Richard. Aquel arrebatado de odio que le hiciera revolverse airadamente contra él, y abandonarlo súbitamente, sin querer atender sus explicaciones, sin querer oír sus palabras de disculpa. Con los labios apretados y el ceño fruncido, avanzaba calle arriba, sorda a todo lo que no fuera su doloroso despecho, sin oír la patética llamada que parecía esconderse tras aquel grito de los vendedores de periódicos, que anunciaban la próxima ejecución de los dos ladrones.

Entró en un café de ínfima categoría y se sentó ante la primera mesa que encontró a su paso. El camarero acudió solícito a atender a aquella mujer, tan joven y tan hermosa, que le miraba con una expresión extraña. Entró en el café otra mujer de aire hombruno, quejándose de no haber podido obtener un pase para asistir a la ejecución a pesar de ser periodista. Un hombre que ocupaba una mesa vecina a la de Lily, repuso malhumorado:

—Yo tampoco voy. No han querido darme un pase.

Entró otro hombre gritando con entonación de triunfo:

—¡Yo tengo uno!

—Doy diez dólares por él—ofreció el primero.

—¡No lo vendo! Es la primera ejecución doble en quince años...

Por los ojos de Lily pasó de pronto una visión de pesadilla. La visión del rostro adorado, de aquel rostro viril y expresivo, que unos momentos antes había sentido junto al suyo, comunicándole el calor de sus mejillas, contraído ahora espantosamente con el espasmo de la muerte.

Los ojos de Lily se dilataron un momento con expresión de horror. Levantó la mano a la altura de su

rostro como si quisiera rechazar aquella escena de espanto.

Y entonces, los "honrados" ciudadanos que tanto deseaban presenciar el grandioso espectáculo que para ellos representaba una ejecución doble, vieron, con la sorpresa consiguiente, cómo aquella mujer, pálida y silenciosa, que ocupaba una de las mesas del local, se levantaba repentinamente, corría hacia ellos, y cogiendo de un manotazo el pase que su afortunado poseedor mostraba orgulloso y satisfecho, lo rompía en cuatro pedazos, gritando:

—¡Usted no irá! ¡Usted no presenciara la ejecución doble! ¡Nadie lo verá, nadie, nadie, nadie!...

Todo el despecho, todo el resentimiento que unos momentos antes nublaba el entendimiento de Lily, se había desvanecido por completo, para dar paso a una sola idea, a un solo anhelo. Salvar a su amado, salvarlo aunque para ello tuviera que forzar la puerta de la Casa Blanca, aunque tuviera que dar un escándalo, aunque tuviera que ir a la cárcel. Gritaría su inocencia ante todo el mundo, arrebataría a la horca a aquel ser joven, lleno de juventud, aquel hombre adorado, al que había creído odiar ¡insensata! sin comprender que aquello era completamente imposible.

Salió a la calle. Era preciso salir inmediatamente para Washington. Tomar el primer tren para la capital. Cada minuto que perdiera era como una hora, una hora fatídica, que la acercaba a la de la ejecución.

La voluntad de una mujer vence siempre todos los obstáculos. Gracias a esto, gracias a su firmeza, a su resuelta voluntad de salvar a su Joe, Lily consiguió llegar hasta la Casa Blanca y hacerse oír de todas las personas que la separaban del nuevo Presidente de los Estados Unidos, Teodoro Roosevelt. Faltaba el último peldaño, el más difícil de escalar. Dios la protegía, sin duda, porque el empleado encargado de poner una barrera infranqueable entre los visitantes y la persona del Presidente, accedió a llevarla a la presencia de éste, sin vacilar un solo instante.

—Hablará usted con el Presidente, pero debo advertirla que desde este momento está usted en calidad de detenida. Pudiera tratarse de una estratagema de última hora para salvar de la horda a Joe Patrick.

—No, no es una estratagema. Le aseguro que es cierto...—dijo Lily con tono suplicante.

Un minuto después estaba ante el Presidente Roosevelt. Lily no se

amendrentó lo más mínimo. Estaba segura de que Joe no le había mentado, de que era realmente lo que había dicho. Se habría atrevido a jurarlo ante un tribunal de honor.

Entretanto, allá en Baltimore, los dos sentenciados se preparaban a entrar con buen pie en el otro mundo. Había sido llamado a su lado un sacerdote para que les ofreciera el consuelo de sus auxilios espirituales. Contra lo que era de temer, Jack no lo recibió mal, muy al contrario, sonrió al verle y lo trató cortésmente. Al preguntarle si tenía alguna cosa que pedir, salió a la superficie el Jack del cabaret de San Paul.

—Sí, Padre, una sola... ¡Un revólver y cinco minutos de libertad!

—¡Hijo mío!—exclamó el buen clérigo escandalizado.

—¡Tengo una última cuenta que ajustar, Padre, una cuenta que sólo puede ajustarse con un revólver!...

—Reflexiona, hijo mío, pronto vas a comparecer ante Dios—murmuró el sacerdote sentándose a su lado en el camastro y tratando suavemente de llegar hasta el alma de aquel bandido.

—Quizá sí... y quizá no...—repuso Jack con aire socarrón.

Y después de reflexionar unos instantes, volvió a su idea fija.

—Lo único que siento, Padre, es

dejar tras de mí a ese canalla. Pero dejemos eso, ya que es imposible. Voy a enseñarle una cosa...

Se sacó la baraja del bolsillo y se la mostró al sacerdote, diciéndole:

—Tome una carta cualquiera, Padre. Verá qué juego tan bonito se hacer.

Allá en la Casa Blanca, Lily había terminado su relato. Roosevelt la había escuchado en silencio, dominando su nerviosismo. Cuando la joven hubo terminado, ordenó a su secretario:

—Examine todo el correo del Presidente MacKinley. El correo que recibió durante esta última semana. Busque un sobre que lleve esta contraseña que acaba de dibujar la señorita, y tráigamelo usted inmediatamente.

Salió el secretario para cumplir la orden. Tardó unos instantes en volver, unos instantes que a la pobre Lily le parecieron siglos. Sabía que a aquellas horas, allí en Baltimore, un hombre inocente estaba a punto de subir al patíbulo. Faltaba poco menos de un cuarto de hora para que se cumpliera la sentencia. Estaba de pie, en el centro del despacho del Presidente, muda e inmóvil, como la estatua del dolor. Temía que todo fuese ya inútil, que llegase demasiado tarde, y

pensaba... pensaba que ella no sobreviviría a todo aquello. Que si él moría, ella no tardaría en seguirle.

Volvió el secretario portador de una carta. La misma que unos días antes, mientras un hombre exaltado preparaba el atentado contra el Presidente, Richard Perry había escrito en la cárcel.

—¿Sería ésta por casualidad?— inquirió el empleado.

—¡Sí! Es su letra...

Roosevelt no la abrió. Cogió el auricular, ordenó que le pusieran en comunicación con el secretario del Presidente MacKinley en Buffalo, y cuando éste estuvo en el aparato, le preguntó:

—¿Sabe usted si MacKinley esperaba una carta con una marca especial?

El ex secretario del Presidente asesinado, que estaba adormilado cuando recibió la llamada telefónica, no debía haberse despabilado del todo, por cuanto repuso con tono de duda:

—¿Una marca especial? No, no, que yo sepa.

—¿Está usted seguro?

El interrogado debió contestar afirmativamente, ya que Lily oyó decir al Presidente:

—Nada, siento haber molestado a usted...

Teodoro Roosevelt se volvió entonces hacia la mujer que había tenido la audacia de llegar hasta su despacho presidencial para contarle una barga patraña, encaminada a salvar de la horca a un criminal, y con tono de severo reproche, le dijo:

—Por poco llega usted a conseguir su propósito.

El rostro de Lily tenía ahora la palidez de la cera. Parecía una muerta. Sólo sus ojos, sus grandes ojos azul oscuro, expresaban algo en aquel rostro que a fuerza de dolor se había tornado inexpressivo.

—He dicho la verdad. ¡No pueden ahorcarle!—exclamó.

Pero ya el mismo hombre que la había conducido hasta allí, se había colocado a su lado, invitándola a seguirle. Lily comprendió que era inútil insistir, que aquellos hombres crueles no se compadecerían de su dolor, que no querían creerla por mucho que gritara, por mucho que suplicara. Se obstinó, sin embargo, en decir una vez más, mientras seguía casi a la fuerza a su acompañante:

—¡Tienen ustedes que creerme! ¡Es inocente! ¡Es inocente!...

—Debía haber comprendido que no era sino una treta—reprochó el Presidente a su secretario, cuando éste volvió, después de haber acom-

pañado a la mujer hasta la escalera...

En aquel momento sonó el timbre del teléfono. Roosevelt se puso al aparato. Era la voz del secretario de MacKinley que le llamaba desde Buffalo, para decirle algo que hubo de modificar inmediatamente la opinión de Roosevelt.

—Señor Presidente, debe usted perdonarme. Estaba equivocado. Ahora recuerdo muy bien que el difunto Presidente me había dicho que si llegaba una carta con una contraseña en uno de los extremos del sobre, en ausencia suya, o en caso de muerte repentina, halláramos la explicación en su caja fuerte.

Roosevelt colgó rápidamente el auricular, se volvió a su secretario y le ordenó:

—¡Traigan a esa joven aquí, inmediatamente!

Volvió a coger el teléfono y pidió conferencia rápida con el Director de la Penitenciaría de Baltimore. En aquel preciso momento llegaba Lily, que se paró en medio de la estancia, para oír la voz de Teodoro Roosevelt que le decía con acento emocionado:

—Señorita, tenía usted razón. El Presidente de los Estados Unidos le presenta sus excusas y le ruega humildemente que se digne aceptarlas.

Hubo unos instantes de ansiosa espera. En seguida el oído atento de Roosevelt oyó la voz de uno de los guardianes de la cárcel de Baltimore que preguntaba:

—¿Quién?

—Aquí, el despacho del Presidente de la República. Teodoro Roosevelt al aparato. ¿Han tenido lugar las ejecuciones?

Lily se estremeció. De lo que se dijera a través del hilo telefónico dependía su propia vida, porque, conforme le había dicho a Richard, no pensaba sobrevivir a su muerte.

—¿Sólo una?—oyó que el Presidente decía.

Un instante, un instante que fué una eternidad. Luego...

—¡Suspendan la ejecución! ¡Inmediatamente! Confirmaré por escrito esta orden...

El Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica colgó el auricular después de haber pronunciado aquellas sencillas palabras que habían salvado la vida de un hombre. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se enjugó el sudor que perlaba su frente. También él había pasado un rato malísimo en aquellos últimos instantes, al oír decir al Director de la Penitenciaría que uno de los criminales había sido ya ejecutado. Gracias a la Divina Providencia, éste era el que

en realidad debía pagar una deuda a la Sociedad: En cambio, el otro, ¡el otro! ¡Era la Sociedad la que estaba en deuda con él! ¡Y qué deuda!

—Con tanto criminal como anda suelto por ahí, íbamos a ahorcar a un inocente—exclamó.

Se volvió hacia la mujer que había evitado aquella catástrofe.

—Y ahora, señorita, le ruego que acepte de nuevo...

Se detuvo al ver que Lily había desaparecido.

Ha salido mientras telefoneaba usted—advirtió el secretario—. ¿Quiere usted que la llame? Todavía estamos a tiempo. No debe haber llegado aún al pie de la escalera.

Roosevelt hizo un gesto negativo.

—No, no es necesario. ¡Pobre muchacha! ¡Dejémosla en paz! Habrá debido sufrir horriblemente.

Sí, Lily había sufrido horriblemente durante la conferencia telefónica. En el último instante, la esperanza que la había sostenido hasta entonces la había abandonado por completo. Cuando por las palabras de Roosevelt dedujo que uno de los dos condenados había sido ejecutado, no le cupo la menor duda de que era Joe, mejor dicho, Richard. Y cuando comprendió que se había equivocado, que no era Ri-

chard, sino Jack, el que había sido ahorcado, sintió de pronto que todo daba vueltas a su alrededor, y temiendo desmayarse, salió precipitadamente del despacho Presidencial. Una vez en la calle, echó a andar a la deriva, riendo y llorando al mismo tiempo.

* * *

En la penitenciaría de Baltimore, un hombre se había preparado a bien morir. Faltaban ya pocos minutos para que subiera al patíbulo. Del fondo de su alma pedía a Dios la fuerza necesaria para hacerlo dignamente, sin cobardía, como había sabido hacerlo, en el último momento, aquel bruto de Jack, al que mentalmente perdonaba todo el mal que había querido causarle. Se inclinaba resignado ante lo irremediable, diciéndose a sí mismo, para cobrar valor, que habría venido al mundo con su destino trazado, y que éste habría sido tal vez el de cumplir la alta misión que le encomendara un día el Presidente asesinado. Había sabido ser fiel a la palabra empeñada, se había portado dignamente, había honrado su apellido. ¿Qué más podía pedir? Tal vez la Historia se encargaría

un día de reivindicar su memoria, cuando por algún indiojo llegara a descubrirse la verdadera personalidad que se ocultaba tras el ladrón de bancos Joe Patrick, pues no era posible que el Presidente no hubiese dejado algún cabo atado. No era posible que él tuviera que morir obscuramente, como un asesino vulgar, sin recibir, a cambio de esto, el premio de la inmortalidad...

Y he aquí que de pronto, llegaba hasta él la noticia inaudita. ¡Desde la Casa Blanca acababan de ordenar, por teléfono, que fuese suspendida su ejecución, mientras llegaba la confirmación de esta orden por escrito! El sacerdote que estaba a su lado, y que no podía acabar de creer en la culpabilidad de Joe, suspiró aliviado, elevando los ojos al Cielo.

—¡Alabado sea Dios!—murmuró entre dientes, fijando una mirada benévola en el excondenado, cuyo rostro, pálido como el de un muerto, un instante antes, se había coloreado visiblemente.

Y mientras Richard sonreía con aquella sonrisa suya que le había valido tantos éxitos con las mujeres, el sacerdote trazaba la señal de la Cruz sobre su cabeza, en señal de bendición.

EPILOGO

Lily Duyrea volvió a su caharet de San Paul. ¿Qué otra cosa podía hacer? Comprendía que una barrera infranqueable separaba su vida de la del hombre querido. El teniente Richard Perry pertenecía a otro mundo, un mundo vedado para ella. La hermanastra de Bat Duyrea, el ladrón de bancos muerto a balazos por la policía cuando intentaba robar la banca Gorman, de Baltimore, llevaba sobre ella el estigma del crimen. Era inútil que ella intentara justificarse a sí misma diciéndose que su vida privada había sido un modelo de honradez, que sólo el miedo al hambre y a la miseria le habían hecho cerrar los ojos a las fechorías de Bat y su compinche, y que cuando el verdadero amor había llamado a sus puertas, había intentado encauzar inmediatamente su vida y la del amado por senderos distintos a los que Bat Duyrea la había conducido

casí insensiblemente. Comprendía que aunque ella se absolviese, la Sociedad y *el* la condenarían siempre, irremisiblemente, implacablemente.

Nadie había venido a molestarla. La policía parecía ignorar el lazo de parentesco y de amistad que la unió a los dos ladrones de bancos, muerto el uno a balazos en el banco Gorman, y el otro en la ignominia de la horca.

Volvió a actuar ante el público de vividores y rastacueros que llenaba el cabaret de San Paul, aquel cabaret que Bat había tenido la precaución de poner a su nombre. Tuvo el mismo éxito de siempre, porque era la misma de antes, hermosa, joven, codiciable... Sólo sus ojos, aquellos ojos azules y grandes, en los que Joe Patrick se había mirado tantas veces, tenían una expresión cada vez más triste, cada vez

más dolorosa, cada vez más cansada.

Aquella noche, volvía a cantar por primera vez desde hacía mucho tiempo la canción que estaba cantando la noche en que conociera a Joe. Su voz profunda de contralto, entonaba melancólicamente las estrofas del "blues" sentimental y melancólico.

Había despertado de un sueño prodigioso para encontrarse con una realidad horrible. ¡Ah, cuántos recuerdos se agolpaban a la mente de la cantante, mientras iba desglosando la canción! Recuerdos dulces y embriagadores de una felicidad perdida para siempre...

¿Para siempre?

¿Quién era aquel joven lechuguino, elegante y atildado que acababa de entrar en el salón y contemplaba a la artista con ojos en los que se leía un mundo de ternura? ¡Joe Patrick, sí, Joe Patrick, o Richard Perry, que para el caso era lo mismo! El hombre del que en aquel momento se estaba ocupando toda Norteamérica para glorificar su hazaña. El bravo Teniente de Navío, que había prestado a la Patria un servicio tan grande, que ésta no podría pagarle sino immortalizando su nombre...

Richard Perry se acercó al escenario, pero en aquel momento Lily

descendía de él, terminada su canción, andando entre las mesas, y se disponía a recogerse a su camarín. Había visto a Joe, pero no quería creer que fuera cierto. Lo estaba viendo siempre con los ojos de la imaginación y temía que ésta hubiera creado ahora un espejismo...

Pero Richard estaba allí, era él en carne y hueso. Corría detrás de ella, la cogía por el brazo, deteniéndola en el momento en que subía las escaleras que conducían a los bastidores del teatro. Lily sintió la suave presión de sus dedos apretándola nerviosamente, contempló el rostro adorado cerca, muy cerca del suyo, y oyó la voz del amado que le decía, con entonación de súplica:

—Lily, amor mío, he venido para decirte...

La mano fina y delicada de Lily cubrió la boca de Richard, al mismo tiempo que murmuraba:

—¡No hables de eso!... ¡Jamás!...

—Yo debía cumplir una misión, una misión sagrada, y aunque otros sufrieran...—insistió el amado.

—Calla, Richard, calla. Tú estás aquí, a mi lado, conmigo, para siempre... No pido más, no quiero saber más...

Pero Richard no callaba, no po-

día callarme. Tenía todavía tantas cosas que decirle...

—Tú me has salvado la vida, Lily, pero esto no basta—siguió diciendo con voz grave—. ¿Qué importa la vida sin la felicidad? Y la felicidad sólo hay un ser en la tierra que pueda dármela. Este ser

eres tú, Lily, amor mío. ¿Quieres hacerme el honor de ser mi esposa?

Se echaron uno en brazos del otro besándose largamente. Y en aquella fusión de sus dos cuerpos y de sus dos almas comprendieron que ya nada en el mundo ¡ni siquiera la muerte! podría separarlos...

FIN

Números publicados

SERIE TRIUNFO

- N.º 1 **Entre esposa y secretaria**
por Jean Harlow, Clark Gable y Myrna Loy
- N.º 2 **El capitán Blood**
por Errol Flynn y Olivia de Havilland
- N.º 3 **Prisionero del odio**
por Warner Baxter y Gloria Stuart
- N.º 4 **Madre Alegría**
por Ana Leysa y Gaspar Campos
- N.º 5 **Diego Corrientes**
por Pedro Terol
- N.º 6 **Una chica de provincias**
por Janet Gaynor y Robert Taylor
- N.º 7 **La esposa de su hermano**
por Robert Taylor y Bárbara Stanwyck
- N.º 8 **Aula de señoritas**
por Simone Simon y Herbert Marshall
- N.º 9 **Esposa anónima**
por Robert Taylor y Loretta Young
- N.º 10 **Miguel Strogoff o El Correo del Zar**
por Adolfo Wohlbruck, Yvette Lebon y Charles Vanel
- N.º 11 **Canción de Cuna**
por Dorotea Wieck
- N.º 12 **Los pecados de los hombres**
por Jean Hersholt y Don Ameche
- N.º 13 **Vispera de combate**
por Annabella y Víctor Francen

SERIE FAMILIAR

La pequeña vigia

por Shirley Temple

PRECIO: 1'50 ptas.

NUMERO FUERA DE SERIE

La Bandera (Legionarios del Tercio)

por Annabella y Jean Gabin

PRECIO: 2 ptas.

Títulos en existencia actualmente
en **EDICIONES BISTAGNE**

Pasaje de la Paz, 10 bis
BARCELONA

Nuestra hijita
Ojos cariñosos
La Simpática huertanita
Rebelde
La pequeña coronela
Gracia y simpatía
Ahora y siempre
por Shirley Temple

El negro que tenía
el alma blanca
La hija de Juan Simón
¡Centinela Alerta!
por Angellillo

Honrarás a tu madre
por Mae Marsh
y James Dunn

La hermana San Sulpicio
Nobleza baturra
Morena Clara
por Imperio Argentina

Sor Angélica
El secreto de Ana María
por Lina Yegros

Bajo dos Banderas
por Ronald Colman
y Claudette Colbert

La Dolorosa (Legionarios del Tercio) Currito de la Cruz
por A. Godoy por Annabella por A. Vico

Precio: 2 pesetas

Serie Familiar

LA PEQUEÑA VIGIA

por Shirley Temple

LA POBRE NIÑA RICA

por Shirley Temple

PRECIO: 1'50 ptas.

Serie «Producción Nacional»

MARIQUILLA TERREMOTO

por Estrellita Castro

EL RAYO

por Rafael L. Somoza, Mercedes Prendes, etc.

LAS TRES GRACIAS

por Fuensanta Llorente, Carmen de Lucio y Luchy Soto

PRECIO: 2' - ptas.

Fuera de serie

DIANA DURBIN

Su vida y sus películas

LA ROSA DESHOJADA

(VIDA DE SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS)

por Jacqueline Farrell y el niño Gabriel Farguette

PRECIO: 2' - ptas.

CANCIONERO DE ESPAÑA

(RECOPILACIÓN DE CANCIONES DE GRAN ÉXITO)

PRECIO: 1'50 ptas.

En preparación:

Como siempre

LO MEJOR
DE LA
PRODUCCIÓN NACIONAL
y los más selectos asuntos extranjeros

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10, bis - Barcelona



E. B.